
La Tragedia del Gran Mago Doctor Faustus

Versión española, introducción y notas de

KARL F. MÜLLER BECK — LUIS BURGOS FUENTES

INTRODUCCIÓN

Algunos aspectos de la génesis de "Faustus"

El hecho real y su potenciación simbólica. El personaje histórico. El "Volksspiel" ² —libro popular— del Dr. ¹ Faustus ², 1587. El Faustus de Marlowe. El "Volksspiel" ² —drama popular¹—. El "Faust" de Goethe.

Desde Herder y Goethe sabemos que las naciones y sus culturas pueden tener un mensaje para toda la humanidad, cuya historia espiritual semeja a una magna Fuga Musical en que las diferentes voces nacionales suenan alternadamente para enunciarlos.

En este sentido, el Quijote de la Mancha constituye el mensaje hispánico, el Hamlet, el británico y Faustus, el germánico. Cada uno de ellos es un Cosmos específico, "sui generis". inimitable e irrepetible, accesible a cada uno de los seres humanos en su plena totalidad o en algunos de sus elementos, preferentemente en la forma del protagonista, cuya ventura y peripecia es consentida por quienquiera, en lo cual radica su virtud cuasi mágica de fascinación.

El símbolo germánico se desarrolla a nuestros ojos en un proceso tres veces secular. En el momento de su apogeo, el Faust de Goethe, presenta una serie de rasgos indiscutiblemente medievales y, al mismo tiempo, de manera visionaria, una serie de problemas que la ciencia de nuestros días aún está tratando de resolver, como el de la producción artificial de la vida, por ejemplo.

Nos proponemos estudiar, en escorzo elemental, este proceso que lleva desde la realidad histórica, casual e indiferenciada, hasta el perfilamiento del símbolo de sin-

gularísimo contorno y enorme potencia óptica.

El personaje existió históricamente. Sabemos hoy de él mucho más de lo que Goethe sospechó en su tiempo al respecto.

Coetáneo de Lutero, el gran reformador religioso; de Durero, el artista insigne, y de Paracelsus, el médico casi legendario, vivió un individuo llamado Jörg Johann Faustus, cuya peripecia histórica se halla certificada en cartas de humanistas, libros de protocolo de ciudades, libros de cuentas de Principes y Prelados.

Debió nacer en la pequeña ciudad de Helmstedt, cerca de Heidelberg, aunque el punto está aún sometido a discusiones (ver Ernst Beutler: Goethe, Faust und Urfaust, pág. XIII).

El Abad Johannes Trithelm, personaje de alto relieve y dotado él mismo de poderes psíquicos excepcionales, informa sobre Faust en carta enviada al astrólogo de la corte de Heidelberg, que lo consultaba al respecto.

Afirma el Abad que Faust aparece en Heidelberg hacia 1506, señalándose por su jactancia de que, mediante la astrología, la quiromancia y señales que sabía descubrir en el fuego, en el aire, y en el agua, podía predecir el porvenir; pudiendo, además, conjurar a los espíritus de los muertos, conforme sus avanzados conocimientos y poderes mágicos. Declaraba ser Magister y de tamaña sabiduría que, de perderse las obras de los filósofos de la Antigüedad pagana —incluso Platón y Aristóteles— él podría con el solo poder de su mente, reconstituirlas.

Reaparece en la ciudad de Würzburg donde afirma que los milagros de Cristo no son tan excepcionales como se los considera generalmente y que él —Faustus— podría repetirlos en cualquier momento.

Así que el caballero Franz von Sickingen, en 1507, le ofrece un cargo de maestro rural, con la secreta esperanza de aprovechar de sus poderes mágicos y transmutar en oro viles materias.

En 1513 se le halla en Erfurt, sede de una de las Universidades más reputadas de la época. En 1520 en la ciudad episcopal de Bamberg, cuyo Obispo-Príncipe le encarga un horóscopo, que costó al erario episcopal, según su Libro de cuentas, la suma de 100 florines, acaso unos 250.000 de nuestra moneda.

Por otra parte, en el Libro de Protocolos de la ciudad de Ingolstadt se lee que "el día miércoles, después de San Vito, en 1528, se le dijo a uno que se llamaba Dr. Jörg Faustus, de Heidelberg, que fuera a consumir sus peniques a otra parte." El Libro da cuenta de que Faustus se las había echado de clarividente.

Análogamente, el Prior de un convento cerca de Eichstedt anota en su Diario que, a principios de junio, Faustus le habría declarado que, de hallarse en la misma casa astrológica Júpiter y el Sol, nacerían Profetas. A lo que el Prior añade: "seguramente de la ralea del mismo Faustus."

En 1532 es la ciudad de Nürenberg quien le pide que vaya a aposentarse en otro sitio.

Con todo, Faustus, suscitaba confianza aún entre gentes del mayor peso intelectual. Así el catedrático Camerarius —insigne filólogo— que profesa en la Universidad de Tübingen, escribe a un Corregidor, amigo suyo, de la ciudad de Würzburg, que había pasado una de las noches más horrosas que darse pueda, porque la Luna y Marte se hallaban en la casa astrológica de Piscis lo que, según las enseñanzas de Faustus —de que ambos corresponsales eran discípulos— acarrearía necesariamente las peores catástrofes.

El Caballero Felipe von Hutten, primo del célebre humanista, escribe a su hermano, Obispo en Eichstedt, que Faustus había dado enteramente en el clavo cuando, en el horóscopo que le hizo, le auguró calamidades, ya que, en efecto, el año de 1540 había sido desastroso para la Expedición que dirigía el dicho caballero por cuenta de los Welser, banqueros de Carlos V, en tierras de Venezuela.

Pero por aquel año de 1540 Faustus debía haber muerto. En efecto, el médico municipal de Worms en una obra suya se refiere a Faustus como hombre que había si-

do famoso y atrevido, que había recorrido todos los Reinos y Principados, que se había hecho llamar "philosophus philosophorum" y que se las había dado de médico. El Libro de ese médico está datado en 1539. El personaje debió morir, pues, entre 1536 y 1539.

Es lo que sabemos de Faustus, personaje histórico, raíz humana del símbolo que había de forjarse por espacio de décadas y conservar su vigencia por espacio de siglos como uno de aquellos símbolos que una nación dada deja en patrimonio a la humanidad entera.

La fantasía popular y el gremio de los estudiantes universitarios debieron conmovirse profundamente con las noticias de la existencia de este hombre singular, de quien era fama que había tenido pacto con el diablo.

Y es que el siglo XVI se preocupa hondamente por el problema del más allá y especialmente del problema pavoroso de la condenación eterna. Los cuadros de Duderot y los cuadros horripilantes de Hieronimus Bosch dan testimonio de esta preocupación obsesiva.

Por eso, debieron ser estudiantes los que se dieran a la tarea de consignar por escrito cuanto se sabía del personaje famoso y formular con todo ello su biografía que debió escribirse primeramente en latín y que fué después traducida al alemán. Tales empeños originan el Volksbuche —libro popular del Dr. Faustus, de 1587.

Los Volksbücher, según el parecer de los románticos, son dignos de toda estima, porque traducen con fidelidad el genio de una nación dada, son lo auténtico y vernáculo respecto de ella, mientras que las creaciones que personalidades singulares engendran más tarde sólo alcanzan una autenticidad y verdad de segundo grado.

El Volksbuch del Dr. Faustus, de 1587, se llama: "Historia del Dr. Johann Faustus, el anchamente famoso Mago y Nigromante; de cómo se entregó, tras un plazo definido, al poder de Satanás; qué extrañas aventuras vivió en el intervalo, cuáles realizó y perpetró él mismo y cómo, por último, recibió su merecida recompensa". Con la dedicatoria siguiente: "Para todos los hombres altaneros, curiosos impertinentes e impíos, ejemplo terrible, abominable y advertencia seria". Y estas palabras conminatorias: "Resistid a Satanás".

La obra es dada a la estampa por Johann Spiesz, quien se singularizó por producir

únicamente obras henchidas de la nueva fe cristiana, el luteranismo.

Por la primera vez aparece en juego el Pacto con Satán, gracias al cual el héroe obra verdaderos milagros durante veinticuatro años, tras los cuales el Maligno reclama en pago el alma del pecador, condenada por una eternidad.

Esta gestión satánica aparta al Volksbuch de la leyenda primigenia, ya que, según ella, nunca mencionó Faustus trato alguno con las potencias infernales.

The tragical History of Dr. Faustus del inglés Marlowe se representaba en Londres en 1588, sólo un año después de la aparición del Volksbuch alemán. Era, por lo demás, el año singularísimo en la historia de Inglaterra en que los ingleses celebraban la destrucción de la Invencible Armada de Felipe II.

En la obra aparecen, además del protagonista y de su fámulo Wagner, el Papa, un Cardenal, el Emperador de Alemania, un tabernero y un caballero, universitarios y monjes, Lucifer, Belcebú y Mefistófeles, los Angeles benéfico y maléfico y Coros que, como en la tragedia griega, glosan las peripecias de los antagonistas y los amonestan. Pero, como antes en el Volksbuch, o más tarde en el Volksspiel, nada se dice aún de Margarita.

La obra de Marlowe constituye un diálogo heroico y trágico entre un hombre y las fuerzas infernales: versos sonoros, retumbantes, que terminan en un necrólogo conmovedor al infortunio de Faustus: "Cortada está la rama que pudo crecer muy alto y se quemó la rama de laurel que tiempo ha creció dentro de este hombre sabio. Faustus se ha ido. Observad su caída infernal".

Si la primera cristalización literaria de la leyenda de Faustus resultó burguesa y teológica, la segunda, debida a la pluma de Marlowe, resulta heroica y demoniaca.

El Volksspiel, drama popular, se origina de manera muy curiosa. Se había producido un exceso de gente de teatro en el siglo XVI en Inglaterra, de modo que, a fines de esa centuria, emigran los comediantes a Dinamarca y a Alemania, llevando obras de Shakespeare, Marlowe y Kid.

Iban en grupos de 10 a 18 comediantes, acompañados de músicos. El primero de estos equipos acompañó a Lord Leicester en una gira de dos años —1585-1587— por Dinamarca y Alemania, Dresden. Dos años más tarde, el fenómeno se había generali-

zado y se hallaban cómicos ingleses en todas las Cortes de Principes alemanes y en las grandes ferias de Frankfurt, Colonia y Danzig.

De inmediato representaban a sus autores ingleses en lengua inglesa. Más tarde incorporaron a su repertorio obras francesas, italianas y alemanas y comenzaron a emplear la lengua alemana. Finalmente, se integran con actores alemanes. Se organizaban en forma de cooperativas que giraban bajo la razón social y la gerencia del bufo.

"Faustus" cuenta en ese repertorio; así torna a su tierra de origen esta creación artística que ha recorrido ya las siguientes etapas de su evolución:

1º La leyenda en torno del personaje histórico;

2º La obra literaria primigenia basada en esa leyenda: "Volksbuch";

3º La tragedia de Marlowe, ya de gran desarrollo literario, y

4º La obra dramática popular —"Volks-spiel"— de que existen varias versiones y variantes.

Resulta en extremo difícil dar con la forma original, como ocurre en todo Volks-spiel. Curioso es que una de esas variantes, la llamada Ulmer Puppenspiel, se realiza mediante marionetas. Y es la versión que parece acercarse más a nuestro Volksspiel, en su forma originaria, y la que el propio Goethe vió representar en Frankfurt, su ciudad natal.

Las versiones se conocen con los nombres de las ciudades en que se representaron: de Augsburg, de Weimar, de Strassburg, de Leipzig, de Berlín. Y hasta reciben nombres regionales: hay las variantes del grupo sajón o del grupo bohemio.

C. Höfer ha realizado la más lograda tentativa de reconstituir el texto original, acreditando en el empeño un alto sentido lingüístico y filológico, amén de una grande sensibilidad artística: Su versión se funda en el cotejo de las demás.

(Puede consultarse al respecto: Creizenach: "Versuch einer Geschichte des Volksspiels von Dr. Faustus", Halle, 1878; Bruinier "Untersuchungen zur Entwicklungsgeschichte des Volksspiels vom Dr. Faustus", en la "Zeitschrift für Deutsche Philologie", ts. XIX a XXXI y Höfer: Das Puppenspiel vom Dr. Faustus, Leipzig, s/ fha., pgs. 63 y sgtes.)

"Es sind über 60 Jahre, dass die Konzeption des Faust bei mir jugendlich von vornherein klar, die ganze Reihenfolge

hin weniger ausführlich vorlag". Tales palabras escribía Goethe cinco días antes de morir a su grande amigo Wilhelm von Humboldt. Es decir: "Hace más de 60 años que la concepción de Faust se dibujaba con toda claridad en mi espíritu juvenil desde un comienzo, aunque con menor riqueza y precisión en los detalles" (El pasaje y su interpretación ha sido motivo de un estudio de A. Fresenius en el *Goethe-Jahrbuch*, t. XV; pgs. 251 y sgtes).

El genio de Weimar lleva germinalmente consigo esta creación durante décadas y, aunque sólo de tanto en tanto pone manos febriles a su realización —por lo general bajo la incitación cordial de espíritus fraternos, como el de Schiller—, ha de creerse que nunca dejó de ir elaborando estrata tras estrata en la profundidad de la subconciencia.

Urfaust se llama un manuscrito descubierto y publicado en 1887, que contiene el texto fragmentario de la Primera Parte. Se habría debido a la labor de Luise von Göchhausen, dama de la corte, que acaso lo copió sobre originales de Goethe correspondientes a los años 1772-75. Se publicó con el nombre de *El Faust de Goethe en su forma original*" (Ver Kögel: *Jahrbuch für Literaturgeschichte*, t. II, pág. 545; también la obra de Goethe editada en Weimar (*Weimarer Ausgabe*), t. I, págs. 252 y sgtes). Se supone que aquí constan las escenas que Goethe solía leer e interpretar en los círculos cortesanos de Weimar, con excepción de dos. La obra está escrita en verso y se caracteriza por el ímpetu dramático del *Sturm und Drang*.

Más tarde, hallamos el Faust, publicada en fragmentos, 1790.

Finalmente Faust, *Erster Teil*, 1808, y Faust, *Zweiter Teil*, obra póstuma que aparece en el t. XLIV de las Obras completas.

La creación de Goethe consta, en su primera parte, de una serie de escenas que, orgánicamente enlazadas, llevan vertiginosamente a la cúspide trágica. La segunda parte, en cambio, se halla dividida en cinco actos en que, según el decir del propio autor, emerge un mundo más elevado, amplio, límpido, desapasionado de que, sin embargo, no sabría sacar ningún provecho quien no hubiera caminado por la vida y adquirido en ella un caudal de experiencias.

Preceden a las escenas dramáticas propiamente tales:

Una Dedicatoria, compuesta en el verano de 1797, bajo el acicate de la amistosa incitación de Schiller. En versos sonoros y melódicos, de incomparable dulzura y melancolía, que hacen recordar los himnos pindáricos, el poeta echa una mirada retrospectiva a su propia vida y va animando las figuras, personas e imágenes de la tragedia y, al mismo tiempo, las de los amigos de juventud que se hallan lejos o duermen el sueño eterno. Figuran en la tragedia: Faust y su fámulo, Margarita y su hermano, Mefistófeles, la vecina Marta Schwerdtlein, universitarios y artesanos, doncellas burguesas y mozas campesinas.

Un Preludio en el Teatro, escrito en 1800, e inspirado en el drama *Sakuntala* de Kalidasa, que había sido traducido por Foster al alemán en 1791. Aparecen el Director del Teatro, el Dramaturgo y el Bufón quienes, en animadísimo diálogo, tratan de los problemas del teatro, del público y del drama en general.

Un Prólogo en los cielos, escrito poco después del Preludio y basado en los versículos 6 a 12 del Capítulo I del Libro de Job en la Biblia. Tres Arcángeles cantan la hermosura del Universo en sonoros himnos en que aparecen imágenes antiquísimas de las filosofías pitagórica y platónica. Aparece en seguida Mefistófeles, enviado del Infierno, y, a su modo, rinde también tributo al Señor de los Señores.

El Señor le pregunta: —¿Conoces a Faust, Mefistófeles?

Mefistófeles: —¿Al doctor?

El Señor: —Mi servidor.

En el curso de este diálogo celeste-infernal, Dios permite a Satanás tentar a su fiel servidor. Dios está cierto de que, en último término, su siervo ha de resistir y prevalecer ante la tentación. Por eso, subraya: "Avergüenzate si finalmente has de reconocer que un hombre de bien, aún en la impureza de su ímpetu, sigue estando consciente del recto camino." Pero el Señor se desentiende de la atrevida apuesta que le propone el mensajero de los Infiernos.

Ya aquí se advierte que el Mefistófeles goetheano diferirá de sus modelos, en cuanto añade a su raíz infernal cierta modalidad humana picaresca, que lo torna más amable. Dice Mefistófeles, por ejemplo: "De tiempo en tiempo me agrada hablar con el viejo. Y me cuida mucho de romper con él. Es harto simpático de parte de un gran Señor hablar tan humanamente con Satanás en persona."

La acción comienza con el famoso Monólogo de Faust que conocemos desde la tragedia de Marlowe y el Volksspiel en que el protagonista expresa su decepción profunda respecto del saber científico que se le resuelve en vanidad, por lo cual recurre a la Magia en su ansia de verdad cabal y definitiva.

(Adviértase que Goethe, al volver desde Leipzig al hogar paterno en Frankfurt por los años de 1768-1770 se entregó con ardor al estudio de la Alquimia, de la Magia y de los problemas de la pre-cognición, tal como se advierte en las consideraciones que hace sobre los alquimistas en su Teoría de los Colores, II, 3; págs. 207 y sgtes.), y en muchas consideraciones de su novela Wilhelm Meier y en las Afinidades electivas, especialmente en las conversaciones de los emigrados y en el relato fantasmagórico de la atriz Clairon —según puede verse en Seiling: ("Goethe und der Ökultismus", Leipzig, s/fha).

Faust fracasa en su intento de conjurar a los espíritus, el de la Tierra, por ejemplo, por lo cual torna a su antigua fe y, según Lutero, se da a traducir en su "ge-

liebtes Deutsch" el Evangelio, fuente de la fe cristiana.

Las fuerzas infernales destacan entonces a Mefistófeles para apartarlo de su reencontro con Dios. Firmase entonces el famoso pacto que sella Faustus con su sangre y en virtud del cual ha de ser servido incondicionalmente por Satanás. Faustus comienza así una nueva vida, gloriosa, que corona el amor de Margarita, la cual, bajo el imperio de Mefistófeles, acaba por ahogar la criatura que había concebido. Margarita es condenada al cadalso lo que hace exclamar a Mefistófeles triunfante: "Está condenada." Pero una voz de lo Alto, replica: "Está salvada." Esta voz de lo Alto no aparecía en el Urfaust.

Así con su clara raíz histórica, meramente germinal, nace y se desarrolla esta concepción simbólica que tras, muchas mutaciones, para en la formulación goetheana de extremada complejidad en sus dos partes, tan disímiles. Y se configura ese símbolo que la germanidad entrega al acervo de la cultura de Occidente como su nota diferencial, como su aporte específico al Cosmos en que espiritualmente vivimos.

La Tragedia del Gran Mago Doctor Faustus

PERSONAJES:

Johannes Faustus ¹

Doctor en Teología y Profesor en la Universidad de Wittenberg ².

Wagner: su fámulo ³.

Juan Prieta ⁴:

Criado sin amo que luego entra al servicio del Dr. Faustus y finalmente se convierte en sereno.

El Duque de Parma.

La Duquesa de Parma.

Orestes

Plutón

Caronte

Mefistófeles ⁵.

Furias infernales:

Crusti-Tuerta.

Witzliputzli.

Urogallo.

Asmodeo.

Genio benéfico.

Genio maléfico.

Dos Estudiantes.

La bella Elena de Grecia.

Prólogo:

(Al fondo, un bosque; a un lado, la puerta del Infierno; al otro, rocas; todo lo demás, bosques).

Caronte. —¡Plutón!

Plutón. —¿Qué?

Caronte. —¡Se acabó!

Plutón. —¿Qué se acabó?

Caronte. —No me da la gana de seguir siendo tu esclavo.

Plutón. —¿De qué esclavo me hablas?

Caronte. —El esclavo de tus galeras infernales. O me aumentas la paga o no te trabajo más.

Plutón. —¡Cómo, Caronte; ¿Infernal perro de horca y esclavo mío, no te he aumentado bastante la paga? ¡Tú, que antes recibías por un alma condenada una moneda y ahora recibes ciento! ¡Te juro que vas a tener que seguir trabajándome!

Caronte. —Está bien. Seguiré. Pero tus Furias son demasiado remolonas. Traen a mi barca demasiado pocas almas grandes que yo pueda acarrear a tu imperio infernal. ¿De qué me sirve una que otra vez un hombre en banarrota? ¡Estos no valen la pena! No has de dejar siempre a tus perezosas Furias en los Infiernos. Envíalas al mundo superior en medio de los mortales y haz que les enseñen todo mal.

¡Antes mi viejo esquiife se preñaba de almas! Ahora, en cambio, he de llevar una y otra vez montones de viejas brujas en sus escobas.

Si no pones atenta mirada en tus poltrones demonios, de nada servirá todo mi empeño.

Plutón. —Viejo servidor del Imperio de Plutón, alabo tu celo. Se hará conforme a tu dicho. De inmediato convocaré a las Furias, que están sometidas a mi jurisdicción, y les impartiré mis instrucciones. Dentro de poco te han de entregar un alma que vale más que otras mil.

Caronte. —Entonces estaré contento. Y ya no me querellaré, porque Plutón, concediéndome su gracia, me hará la merced de llenar de almas mi nave.

Plutón. —Ea, perezosos demonios, ¿dónde estáis?, ¿estáis durmiendo? ¿No tenéis ganas de ensanchar el Imperio de los Infiernos? . . . ¡Así me gustáis! Y bien, escuchad mi mandato; recorred el mundo entero y enseñad a hacer todo mal: enseñad a las sectas a disputar con dolo recíprocamente y a tergiversarlo todo; a los mercaderes a falsear pesos y medidas; a las nobles damas a ser cortesanías y a practicar la deshonestidad; en las Universidades, donde concurren los estudiantes, enseñadles a engullir y a trasegar, a jurar y a enhechizar, a reñir y a batirse, de modo tal que vayan a parar con sus almas al Infierno.

Todos los demonios. —Descuidad respecto de nuestra diligencia, potentísimo Plutón.

Plutón. —Pero en esta traza no podéis hacer nada. Id, pues, y trastocad las apariencias. Y así obraréis conforme a mis designios. Los mortales suelen decir que el Demonio es un embaucador de mil recursos. Quiero, por eso, emplear astucia de mil modos diversos. (Vuelven los demonios).

Así está bien. En esa traza estáis algo más tolerables. ¡Poneos ya en marcha! Nuestra próxima reunión tendrá lugar sobre la gran encina en el bosque de Bohemia.

Y ahora, recibid mi bendición: ¡Bah, bah, bah!

Todos los demonios. —Bah, bah, bah! (Se van).

PRIMERA PARTE

ACTO I.

Estudio del Dr. Faustus.

*Dr. Faustus*⁸. (Solo, sentado ante una mesa, estudiando). Ningún monte sin valle, ninguna escarpa sin piedra, ningún estudio sin pena ni trabajo. Se dice en verdad con adagio común: ¡Quot cápita, tot sensus, cuantas cabezas, tantas opiniones! Le gusta a uno el arte pictórico, al otro, la arquitectura, éste es poeta; aquél, un buen orador; éste un buen filósofo; aquél un buen médico; éste se dedica al Studium Theologicum. Y cuando, por fin, el veleidoso ser humano se halla resuelto a estudiar un arte o una profesión, de inmediato pretende también dar a su situación más alta categoría. *Nemo sua sorte contentus est*: ¡Nadie está contento con su estado! El menospreciado mendigo callejero procura advertir de qué modo podría, por fin, trocar su penosa situación. Y querría llegar a ser un campesino, por lo menos. El campesino se empeña en llegar a ser un burgués. El burgués, un gentilhomme. El gentilhomme, un príncipe. El príncipe, un rey. El rey, un emperador. Y si

en verdad pudiera hallarse en este mundo más elevada categoría, cada uno se empeñaría por alcanzarla.

Y he aquí por qué me siento inducido a lograr una situación y una reputación más altas. Desde mi temprana juventud, me he dedicado al Studium Theologicum y, con la ayuda de mis maestros, he logrado tantos progresos que aquí mismo, en Wittemberg, he recibido *s u m m u m g r a d u m d o c t o r a t u s c u m l a u d e*; pero, ¿qué es eso? . . . Ya no encuentro en el Studium Theologicum un placer tal como mis deseos reclaman. Y como he oído y leído mucho sobre las propiedades de los planetas y que el firmamento debe ser *i n f o r m a s p h a e r i c a*, es decir, redondo, quisiera investigar seriamente, mediante la Astrología, la constitución del firmamento, de los planetas, de los aspectos siderales y de todos los elementos. Quisiera verlo todo y cogerlo con las manos.

Por eso, he tomado la resolución de alcanzar cuantas ciencias se me escapan todavía, mediante el Studium Nigromanticum y, en cuanto parezca posible, reclamar la ayuda de las infernales potencias subterráneas.

—Pero Faustus, ¿hasta dónde te extravían tus pensamientos, codiciosos de honores, que tú, como Doctor, Catedrático y Rector⁹ Magnificus, quieres desviarte de la Sagrada Teología y adherirte al *horror nigromantiae*?⁹

—Con todo, me impulsa una ansia extraña y tal que me parece imposible arrancarme a su engañoso halago.

—Pero, oh, Faustus mío, si esas artes ilícitas ensombrecen tu honor, tu reputación, en tal caso piérdeslo todo.

—Si los espíritus infernales están en situación de satisfacerme en todo, entonces guardarán también mi buena fama.

—Pues bien, estoy resuelto. Y de hoy en adelante, procribiré de mi corazón el odiado Studium Theologicum y, para mi sempiterno placer y deleite, me quedaré con el Studium Nigromanticum, que es más agradable.

Genio benéfico. —Faustus, persevera en el Studium Theologicum y deja de mano el Studium Nigromanticum. O te pierdes por toda la eternidad.

Genio maléfico. —Faustus, persevera en el Studium Nigromanticum y has de ser así el más sabio doctor que jamás haya existido en Asia, Africa, América y Europa enteras.

Faustus. —¿Cómo? ¿Qué oigo? Dos veces antagónicas: una a mi diestra y a mi siniestra la otra, induciéndome la de la diestra a la Teología; la de la siniestra a la Nigromancia.

(A la derecha) ¿Qué voz es la tuya?

Genio benéfico. —Soy un ángel de bondad, enviado desde lo Alto para que guarde tu alma y la conduzca a la bienaventuranza.

Faustus. —Pero a mi siniestra —¿Quién eres?

Genio maléfico. —Soy un espíritu del mundo inferior y he venido para hacerte feliz más que todos los hombres.

Faustus. —Cosa maravillosa es, oh, Faustus, y has de alegrarte con razón: vienen los ángeles del cielo para consolarte y los espíritus del Mundo Inferior para servirte.

Pero, ea, ¡me doy cuenta! Como me he propuesto amar a la Nigromancia y prescindir de la Teología, tú, voz de la diestra, no me serás útil; pero tú, voz de la siniestra, sígueme.

Genio maléfico. —¡Ja, Ja, Ja!

Genio benéfico. —Ay de ti, oh, Faustus, ¡precávetel! Mira cuán penoso te ha de ser si despedazas tu alma y padeces las penas del Infierno.

Faustus. —La suerte está echada ¡oh, Faustus! Vive, de ahora en adelante, más feliz de como hasta aquí has vivido.

Me dirigiré a mi biblioteca¹⁰ y daré comienzo a mis deleitosos estudios. Y no te horrorices por esto, oh, Faustus: todo sucede conforme a tu voluntad.

¡Pero veo acercárseme a mi fiel fámulo Wagner. ¿Qué quieres Wagner?

Acto II.

Wagner. —Doctor, afuera hay dos estudiantes que desean hablar con Vuestra Excelencia.

Faustus. —¿Estudiantes, dices? Puede que sean relaciones de algún buen amigo mío. ¡Que entren!

- Wagner. —Se hará como mandáis. (Sale).
- Faustus. —Cuanto alienta aquí en Wittenberg rinde tributo a Faustus. Deseable sería que estos dos señores pudieran serme útiles en mi empresa. (Wagner entra con los estudiantes).
- Estud. 1º. —Con permiso si en algo hemos de incomodar al señor Doctor.
- Estud. 2º. —Deseo a Vuestra Excelencia la mayor felicidad. Y le suplico que no tome a mal si molestamos.
- Faustus. —¡Recibid, señores míos, mis agradecimientos! ¡El arribo de vuestras personas es para mí grato y lisonjero. Por eso, ruego a vuestras personas quieran declarar cuanto les plazca! Wagner ¡Trae sillas!
- Estud. 1º. —¡Sea sin molestias! La causa de nuestra visita a Vuestra Excelencia es el habernos enterado que Vuestra Excelencia se entrega en el momento presente al Studium Magicum. Tengo aquí un libro que ha llegado a mis manos por modo maravilloso. Contiene propter magicam artem, algo singular: de qué modo puede el hombre eclipsar el sol, detener el curso de los astros, privar de su curso a la luna. En caso de que agrade al señor Doctor, está a su disposición.
- Estud. 2º. —Con vuestro permiso, señor Doctor. He querido hacer una visita de cortesía a Vuestra Excelencia conforme a mi débito. Tengo aquí un autor especial que descubrí en la biblioteca de mi padre. Podría ser útil al señor Doctor en el estudio que ahora inicia. Puede Vuestra Excelencia hacer de él el uso que le agrade.
- Faustus. —Los nobles señores causanme mayor alegría de la que jamás disfrutó César alguno. Me comprometéis en grado sumo, señores. He querido prescindir de la Teología en que hasta ahora me he afanado y regocijarme con estos libros y otros a ellos semejantes.
- Estud. 1º. —Bien, señor Doctor. Me agradecería serviros en el tiempo por venir.
- Faustus. —Agrada a los señores quedarse un instante para un vasito de vino? He de tenerlo como el más alto honor.
- Estud. 1º. —Expresamos al señor Doctor nuestros agradecimientos y, con esto, nos retiramos.
- Estud. 2º. —Y de la misma manera yo, humildemente, pido perdón y la venia del señor Doctor para retirarnos.
- Faustus.—Adiós, señores. Vuestro recuerdo perdurará sin término en mí. Ahora puedo declarar cuanto me agrade, lo que deleita el corazón humano. Estos dos libros quiero yo leerlos con dedicación de cabo a rabo, así me fuera en ello la vida. Este lo escribió el español Runzifar, y este otro, el español Varth¹¹, dos grandes maestros de este arte. Tengo que dedicarme a estudiar estas obras: pretendo señorearme de ellas y no ser vencido por ellas.
- (A Wagner, que aguarda de pie a un lado) ¿Tenéis alguna otra cosa que someter a mi consideración, querido Wagner?
- Wagner. —Una humilde petición tendría.
- Faustus. —¡Pedid lo que queráis! No os negaremos ninguna petición que sea fundada. ¿Qué pide, pues, mi fiel fámullo?
- Wagner. —Esta sería mi súplica: que pudiéramos contratar una persona más que se hiciera cargo del trabajo doméstico, a fin de que no se me incomodara tan frecuentemente con ello en mi estudio.
- Faustus. —¡Bien! Se os concederá. Pero contratad a un hombre que sea siempre discreto, fiel y trabajador.
- Wagner.— Miraré en ello. Con Dios quedad, Vuestra Magnificencia.
- (Sale).
- Acto III.
- Juan-Prieta. —(Entra con sus chirimbo-
los)¹².
¡*Omnia mea mecum porto!*¹³
Así se va de viaje:
Ya lo aqueja a uno el calor y el
[frío,
ya lo acosa a uno el pulguero.
¡Ay, pobre de mí, haragán! Si no me doliera, me daría a mí mismo unas cuantas docenas de soplamocos. Sería bueno que me encerraran y no me dieran de comer más que hartos pollos asados y zorzalitos, y que tampoco me dieran de beber más que vino de España y malvasía.
Cuando me pongo a pensar en las buenas cosas que tenía en casa de mi padre, el viejo Cabeza de Burro, me dan ganas de tirar todas mis cosas. Pero si alguien me preguntara, ¿por qué no te quedaste en casa de tu padre?, le diría que me ahuyentaron las abstinencias de Cuaresma.

Pero, escuchad. Estuve al servicio de un gran señor que tenía un chucuelo. A su lado no pude ser sino otro que tal. Tenía que llevarle todos los días sus *intutías*¹⁴ al colegio. Un día, por la mañana —yo estaba todavía en ayunas—, gritó: —Juan-Prieta, lleva mis "intutías" al colegio. Yo en ayunas, con el libro bajo el brazo, camino de la escuela. Caminando así un rato encontré a una mujer que vendía ciruelas. Le pregunté: —Mujer, ¿Cuánto pedís por vuestras ciruelas? —Ah, exclamó, mis ciruelas cuestan \$ 6 el ciento. Hice que me contaran cuatrocientas y —feliz— me las engullí todas. Cuando me las hube echado al cuerpo y caminando un tanto más, topé con otra mujer que vendía suero de manteca. Me dirigí a ella diciéndole: —¿A cómo vendéis vuestro suero? —A \$ 3 el cuartillo¹⁵. ¡*All right!* Como tenía sed, me hice medir \$ 6 de suero y me lo zampé de un viaje. Como tenía el suero en la barriga y había continuado de inmediato mi camino, comenzó adentro un barullo como si hubiera un regimiento de tambores mayores, tocando "riana", de modo que sufrí dolores tales que no supe adónde ni cómo. Mis ciruelas, ni cortas ni perezosas, agarraron al suero por la peluca. Y el suero, por su parte, las agarró por el cogote. Y aquello se convirtió en un torneo como si todos los caballeros de Suabia y Franconia se hallaran reunidos en la ciudad de Worms¹⁶. Por fin, dije: —Vosotros dos, pajarracos, ¿qué bulla metéis en mi vientre? ¡No estáis pagando alquiler! Abrí, pues, la puerta trasera de mi morada y los mandé a cambiar por el camino de retaguardia. Por desgracia, me había olvidado de llevar el pañuelo con el cual se hace la renovación¹⁷. Yo, nada perezoso, arranco una hojita de los "intutías" de mi amito, limpio la cazoleta y vuelvo a colocar la hoja en el libro. Y se lo llevo a mi amito al colegio, dejándoselo justamente debajo de la nariz. De repente, mi amito comienza a hojear, hojear y hojear. Y el diablo lo lleva de la mano precisamente a la cantarella. Entonces se olvidó y echó a perder la declinación y no pudo pasar del "singular". Y me dijo: —Oye, tú, patán del sombrero puntiagudo¹⁸, ¿qué hiciste? Espera no

más. Se lo diré al papi. Cuando volvió del colegio, le faltó tiempo para contárselo al *papi-papo*¹⁹. Y cuando yo llegué por la noche, el papi-papo dijo: —Oyeme, ¿qué hiciste con mi hijo? Espera no más, bribón. Juanucho, el mozo, va a escribirte ahora una buena recomendación. Ajá, pensé, esta sí que va a ser buena recomendación si tiene que escribirla el mozo. Este, nada perezoso, me toma por el cogote, me lleva escaleras abajo, por la grande de caracol, a la caballeriza. Me coge de nuevo, me tiende por encima de los comederos, saca una pluma de tres garfios de detrás de la puerta del establo y de este modo escribe veinticinco letras en el pergamino de mi trasero, tal que, de dolor, no sabía cómo ni por qué. La pluma de tres garfios me arañaba de una manera endiablada. Nadie quiso apiadarse de mí, salvo un viejo caballo blanco²⁰ que estaba en el pesebre, el cual gritó hasta que se le salieron los ojos de las órbitas, y lágrimas, como puño, corrían por sus mejillas y caían en chorro hacia atrás. Me enfurecí entonces como alimaña zorruna, puse mi hombro al bagaje²¹ y tomé las de Villadiego.

Cuando hube caminado algún tiempo llegué a una verde pradera donde topé con un borrico que dejaba caer la cabeza a tierra como si estudiara filosofía. Fui hacia él diciéndole: —¡Buenos días, señor Pegaso! Esto pareció ser muy del agrado del borrico. Le dije: —¿Permites cabalgar un poco? Dijo: —¡Ya! Pensé: —El caballero probablemente habla Latín, porque dijo i-d-a i-d-a, que quiere decir "ya" en castellano. Por eso, de un brinco me encaramé en él. Había cabalgado una media hora más o menos cuando el diablo me mandó de atrás al molinero a quien pertenecía el borrico. El patán ése llevaba un palo en la mano, grueso como mi brazo, y me golpeó por detrás en el lomo. De un brinco fui a parar al suelo, pasando por el lomo del borrico. Dijo: —¡Oyeme, fréscales, del sombrero puntiagudo, querías robarme el borrico! Ahora tienes que ir conmigo a la aldea, donde el Alcalde. Y sin más especulaciones, me agarró por el cogote y me llevó a la aldea, donde el Alcalde. Cuando llegamos allá, hallamos a mi Alcalde sentado,

tirando facha como piojo en un tablero de amasar tallarines. Así estaba sentado (se sienta en el sillón de Faustus y da pataditas en la silla). Y nos dirige la palabra de esta manera (imita la voz del Alcalde, un poco ronca): —Decídmme, vosotros dos, bellacos, quiénes sois y qué queréis. Ahora soy el molinero (adopta otra voz y se levanta): —Bueno, Ud. ve, mi Ilustre Señor Alcalde, el bellaco éste, con su sombrero puntiagudo, me quiso robar el borrico. Ahora soy el Juan-Prieta: —¿Qué? dije, molinero, no es cierto. Yo no te quise robar el borrico, sino que tu borrico me quiso robar a mí, porque yo no llevé a tu borrico, sino que tu borrico me llevó a mí. Ahora nuevamente soy el Alcalde: —(Vuelve a sentarse con la misma voz de antes) —Escuchad, vosotros dos, bellacos, si no queréis hablar de una manera inteligente y razonable, los dos me podéis soplar en los pantalones. Ahora soy de nuevo el molinero: —Sí, ilustre señor Alcalde, pero si nosotros no tenemos pantalones. Ahora otra vez soy el Juan-Prieta: —Molinero, dije yo, si tú no llevas pantalones, soplame a mí atrás. (Hace un movimiento con su trasero como si saltara a la nariz de alguien queriendo derribarlo). Al molinero le dí algo que olfatear y al Alcalde le tapé la boca. De inmediato, salí corriendo por la puerta y nadie me detuvo.

Pero aquí me hallo en un aposento y nadie está en casa (ve esparcidos los libros). ¡Qué diablos! Aquí hay libros. Y uno está abierto. ¡Diantre! Si yo supiera leer un poquito no más. ¡Espera un poco! Mi madre me enseñó a deletrear algo. Quizás pueda yo sacar aquí algo en limpio. ¡El primer capítulo trata de cómo se puede hacer pulgas y piojos, ratas y ratones. Ah, ¡qué cosas! pulgas y piojos tengo yo bastantes. Ratas y ratones no necesito. El segundo capítulo trata de cómo puede hacerse de una vieja una doncella. Cáspita. ¡Tengo que aprender esto! ¿Qué ingredientes se necesitan para ello? Veamos (leyendo): *Olium, babolium, audium et gugulum, audium et audium, ex cruculus*. Este es un melotonto jorobado que se llama "pololo"; el corazón de un yunque, tres mil lenguas de pulgas nuevas, seis medidas de sangre de cangrejo, un schop de leche

de vírgenes, con crema encima, una tonelada de nieve matutina secada, algunas libras de conciencia de abogado, tres mil varas de honradez de sastre, unos pocos gramos de fidelidad de mujeres (pero, ¿por qué sólo unos pocos gramos? ¡Tiene que ser escaso!), treinta mil varas de agua del Danubio, todo esto revuelto con sesenta metros de humo de panadero, mezclado con sus libras de repique de campanas, triturado y pulverizado en un mortero de vidrio y un polvito soplado diariamente —mediante un cañón de pluma— en el trasero de la vieja. ¡Oh, cochino Doctor! Así no se hace negocio. Sople quien quiera, pero no Juanucho. ¡Podría venir un viento contrario y derramar el polvo en el rostro de un hombre digno²².

Wagner (entrando). —Dime, tuno, ¿cómo te metiste en esta habitación?

Juan-Prieta. —¡A pie!

Wagner. —Ya lo creo que no habrá sido volando por el aire.

Wagner. —¿No estás *contratado*?

Juan-Prieta. —No, pero *espero y aspiro a ser muy bien tratado*²³, con la ayuda de Dios.

Wagner. —Quiero decir si actualmente no tienes amo.

Juan-Prieta. —Por el momento, no; pero, si logro pillar uno, no tardaré en tomarlo.

Wagner. —¡Qué ingenuidad! El patrón es el que tiene que pillarte y aceptarte, porque él es quien te da pan, techo y abrigo.

Juan-Prieta. —¿Pan, techo y abrigo, no? Pero luego se pasa la semana entera, sin nada que llevar a la boca, ¿no?

Wagner. —Dime, ¿quieres entrar a mi servicio?

Juan-Prieta. —No me opongo. Pero, dime, ¿cuánto daís a un tipo de mi pinta si entra a vuestro servicio?

Wagner. —Anualmente recibirás veinte ducados.

Juan-Prieta. —¿Veinte ducados? Por ese sueldo, no me quedo.

Wagner. —¿Por qué no?

Juan-Prieta. —Porque en casa de mi antiguo patrón, recibía mensualmente treinta maravedís.

Wagner. —Lo que, en el curso de un año, representa menos de un ducado. Ya veis cuánto más son veinte ducados.

Juan-Prieta. —Eso se lo contáis a un ton-

- to: que veinte son más que treinta. ¡Yo también sé contar un poco!
- Wagner. —Bueno, bueno. Recibirás anualmente tus treinta maravedís, extra.
- Pero antes de que yo te recoja y acoja dime, ¿de qué familia vienes?
- Juan-Prieta. —Te lo voy a decir: vengo de una familia de peces.
- Wagner. —Dime, ¿cómo se llamaba tu padre?
- Juan-Prieta. Lo llamaban "On Salmón".
- Wagner. —¿Tenías hermanos?
- Juan-Prieta. —Claro, tuve dos hermanos.
- Wagner. —Y, ¿cómo se llamaban?
- Juan-Prieta. —Uno, largo y angosto, lo llamaban "Sollo" no más.
- Wagner. —Y, ¿qué era?
- Juan-Prieta. —Un abogado.
- Wagner. —¿Y el otro?
- Juan-Prieta. —Al otro, que era gordo y chato, lo llamaban "Carpa", no más.
- Wagner. —Y, ¿qué era?
- Juan-Prieta. —Era un prelado.
- Wagner. —Sollo y Carpa, ¡qué nombres tan extraños!
- ¿Tenías hermanas también?
- Juan-Prieta. —Claro que sí. Tuve dos hermanas²⁴.
- Wagner. —Y, cómo se llamaba tu madre?
- Juan-Prieta. —Yo no tuve madre.
- Wagner. —¿Qué? ¿No tuviste madre? Y, ¿qué tenías, entonces?
- Juan-Prieta. —Una señora mamá.
- Wagner. —¿Ah, sí? Y, ¿cómo se llamaba?
- Juan-Prieta. —La llamaban Señora Salmona, no más.
- Wagner. —¿Cómo te llamas tú?
- Juan-Prieta. —¿Cómo me llamo? Me llamo como tú.
- Wagner. —¿Cómo yo? Yo me llamo Juan Wagner.
- Juan-Prieta. —El primero de esos es también mi nombre.
- Wagner. —¿De modo que te llamas Juan?
- Juan-Prieta. —Pero la gente le añade una colita por ahí: algo corto y redondito que uno pone encima de la chucrut.
- Wagner. —No entiendo²⁵.
- Juan-Prieta. —¡Prieta!
- Wagner. —¿De modo que te llamas Juan-Prieta?
- Juan-Prieta. —Sí, así me llamo.
- Wagner. —Pues bien, tú me agradas. Puedes hacerte cargo de tu puesto hoy mismo. Haz a un lado este escritorio y esta silla y luego vas a buscarme a la cocina. Ahí te darán bastante de comer y de beber.
- Juan-Prieta. —Pero, ¿quién eres tú? ¿Eres el patrón mismo?
- Wagner. —No, sólo soy el fámulo del patrón.
- Juan-Prieta. —¿Qué es eso del fámulo?
- Wagner. —Quiere decir, el muchacho de servicio.
- Juan-Prieta. —¿El muchacho de servicio? Por el hilo se llega al ovillo ¡De modo que aquí un muchacho de servicio pretende que otro le haga su trabajo!
- Wagner. —¡Qué simplicidad! Yo soy el muchacho que está destinado a colaborar en el trabajo intelectual del patrón. Y tú en el trabajo de la casa.
- Juan-Prieta. —¡Ja, ja, ja! Tú estás destinado *al trabajo "desigual"* y yo *al trabajo "de la grasa"*²⁶. Dime, ¿quién es el patrón?
- Wagner. —Se llama Faustus. Es Doctor y Profesor aquí en la Universidad de Wittenberg.
- Juan-Prieta. —Ah, con que profesor en la Universidad. Pero tú, ¿cómo te llamas?
- Wagner. —Wagner. Pon a un lado esa mesa y esa silla y luego ven a la cocina a buscarme, donde tendrás bastante comida y bebida.
- Juan-Prieta. (Dando brincos de alegría). Albricias, victoria, sicoria, gregoria²⁷. De nuevo he aceptado, de nuevo tengo un patrón. Apartaré rápidamente la mesa y la silla. La silla la echo por la ventana para afuera. Y la mesa la echo por tierra (lo hace y sale).

Acto IV.

Representa un bosque. El cielo se está cubriendo de nubes negras. En el suelo, un círculo en que se han trazado muchos signos astrológicos.

Faustus. —Más que sobrado deleite he hallado en estos libros. ¡Es cosa resuelta! Lo tengo decidido. Y lo voy a ensayar. ¡Ah! ¡Media noche! Ya ha llegado la hora de la comunidad con el Infierno. Pavorosas nubes se están acercando. El crimen, la avaricia y el fraude han sentado aquí sus reales. La luna se está ocultando tras las nubes como si quisiera no ver lo que bajo ella acontece. Todas las criaturas dignas reposan. Sólo cuerpos abyectos, osamentas frágiles que pecaron en el mundo superior, deben ir vagando ahora

sin consuelo y expiar sus pecados hasta que un alma compasiva se apiade de ellas y los redima de su miseria. Y para tal empresa es la hora indicada. Estoy solo. Y puedo realizar sin impedimentos la obra que tengo comenzada.

Aquí debe hallarse el círculo y acá el bastón. Ahora, oh Faustus, antes de que entres en el círculo, serénate. Si no, estás perdido por una eternidad. Sí, mi anhelo es tan grande en mí como el de un novio que debe ir ya por su novia. Ahora me yergo aquí, firme como un coloso. Pero, oh, Faustus, precávetelo o sufrirá una caída pavorosa, miserable. Se me erizan los cabellos (entra en el círculo) (Se oyen truenos).

¿Permanezco en pie o me he caído? Pues me ha parecido como si todos los elementos quisieran echármese encima. Sólo falta atreverse a una cosa y convocar a los espíritus infernales.

(Entra en el círculo y grita con cierto pavor):

—Siste, siste. Phlegethontia Styx ¡Hejus, hejus! Adeste, mali spiritus. Faustus vos citissime citat²⁸ (Se oye ronronear a los demonios).

¿Qué significa esto? Siento un tumulto y un estruendo en los aires y, no obstante, no se me aparece ninguna Furia. Tengo que repetir mi conjuro (Como arriba). Siste siste. Phlegethontia Styx ¡Hejus, hejus! Adeste, mali spiritus! Faustus vos citissime citat! (El ruido aumenta) ¡Ah, mi conjuro ha tenido fuerza bastante. Rápidamente, de nuevo! —Siste, siste. Phlegethontia Etyx. ¡Hejus, hejus! Adeste, mali spiritus! Faustus vos citissime citat. Te conjuro, oh, Príncipe de las Tinieblas, que me envíes los espíritus más veloces, para satisfacer mis deseos más audaces. Cumple sin vacilar esta demanda por la magia invencible de los elementos que pueden destrozarte (truenos y rayos).

En medio de esta horrenda zarabanda, aparecen las Furias. ¡Ah, qué horribrosas figuras! Las interrogaré una por una.

Furia infernal, aquí a mi diestra, ¿quién eres?

Crusti-Tuerta. —Me llamo Crusti-Tuerta y tengo que comparecer en virtud de tu demanda.

Faustus. —¿Qué velocidad alcanzas?

Crusti-Tuerta. —La del pájaro en los aires.

Faustus. —¡Fuera! perro infernal! No me

sirves (desaparece ronroneando).

¿Pero cómo te llamas tú?

Witzliputzli. —Soy un espíritu volador. Me llamo Witzliputzli, el demonio del amor.

Faustus. —¿Qué velocidad alcanzas?

Witzliputzli. —La de la flecha en el arco.

Faustus. —¡Lárgate, no me sirves! (Desaparece murmurando).

Faustus. —Pero, dime, tú, ¿quién eres?

Urogallo. —Me llamo Urogallo. Y soy tan veloz como el viento.

Faustus. —Ah, esto es, en realidad, veloz.

Estaré entonces rápidamente ya en el Sur, ya en el Norte o en el Este o el Oeste. Con todo, para mí eres demasiado lento. Aléjate. Apage, spiritus. (Sale la Furia). No te precipites, Oh, Faustus, aún hay Furias presentes. ¿Cómo te llamas tú?

Asmodeo. —Asmodeo.

Faustus. —¿No eres el demonio de la soberbia?

Asmodeo. —Lo soy.

Faustus. —Tú no encontrarás sitio ni en mi cerebro ni en mi corazón. Apage, mali spiritus (Furia sale). Pero, dime ¿quién eres tú?

Mefistófeles. —Soy un espíritu del aire. Y me llamo Mefistófeles, el veloz.

Faustus. —Dime, entonces, ¿qué velocidad alcanzas?

Mefistófeles. —Soy tan veloz como los pensamientos de los hombres.

Faustus. —Sería mucho. Puede serme útil. Pero, dime ¿quieres servirme?

Mefistófeles. —Oh, Faustus, eso no depende de mi voluntad. Pero si Plutón, dios de los Infiernos, está de acuerdo, estoy dispuesto a servirte.

Faustus. —Porque eso no depende de tu voluntad, ve volando y de vuelta me traes una respuesta de tu potentísimo Plutón.

Mefistófeles. —Lo haré (Sale)

Faustus. —Mañana a las doce te espero en mi biblioteca. Esta bien. Basta ya. De verdad, me he puesto a intentar una obra magna. Ahora veo el objeto de esos libros. Pues bien, ahora me dirijo a casa y me dispongo a esperar con ansias al espíritu (Sale).

Acto V.

Juan-Prieta. —Cosa maldita, en verdad, la de servir. Mi patrón me ordenó que viniera a buscarlo por aquí y no lo puedo hallar en parte alguna. Y hay, además,

una bulla y un estruendo que dan miedo pavoroso. Y está todo tan oscuro que no se puede ver el ojo delante de la mano ²⁹.

(Divisa el círculo)

¡Pero ¿qué diablos hay aquí?

Mira, mira, seguramente un sastre perdió aquí su cinta de medir ³⁰. Abrirá ojos tamaños cuando intente cortar el vestón y no pueda hallar su cinta métrica.

Examinemos la cosa de espacio.

¡Pero qué diablos ¡Aquí veo huellas como si alguien hubiera estado bailando ahí dentro!

Veamos si yo quepo también (entra con un pie en el círculo. Rayos y truenos) (Los demonios aparecen).

¿Qué, qué, qué es esto, pues? ¡Qué carboneros más negros son estos! ¡Qué queréis aquí, mamarrachos negros!

Furias. —¡Queremos hacerte pedazos!

Juan-Prieta. —¿Qué? ¿queréis hacerme pedazos?

Furias. —En miles y miles de partes.

Juan-Prieta. —¡Ay de mí! En tal caso no quedaría nada entero en mí. Pero ¿por qué no lo intentáis ahora mismo?

Furias. —No podemos entrar en el círculo.

Juan-Prieta. —¡Ah, ¿sí? ¿No podéis entrar en el círculo? Entonces tampoco puedo salir yo. (Se sienta dentro del círculo).

Furias. —En tal caso, nos sentamos también nosotras.

(Las Furias se sientan también).

Juan-Prieta. —¡Por ¡Dios! Ahora estos satanases se quedan también.

¿Queréis mandaros a mudar?

Furias. —No.

Juan-Prieta. —¡Si yo supiera dónde está mi patrón!

El zaheriría lindamente a estos patanes. Pero un momento. Ayer leí algo en un libro de mi patrón. Salía ahí cómo se puede ahuyentar a los demonios. Era una sola palabra. Con tal que, con el miedo, pueda recordarla. Espera.

¿Cuál era, pues? Era creo (Y acordándose).

¡Perlicke!

Furias. — (Desaparecen).

Juan-Prieta. — (Riéndose a boca llena).

¡Esa era! Y la palabra para cuando tuvieran que volver, salía al lado. Era, creo, ¡Perlocke!

Furias. — (Aparecen de nuevo gritando terriblemente).

¡Ven aquí afuera. Sal aquí. Queremos hacerte pedazos.

Juan-Prieta. ¿Qué? ¿Me queréis destrozar? ¡Perlicke!

(Las Furias desaparecen) (El se ríe). Venid no más a hacerme pedazos ¡Perlocke! (La furias aparecen). Oh, tontos demonios pueblerinos ¡Esperad no más. Con estos bellacos me voy a entretener! *Perlicke; Perlocke; Perlicke; Perlocke;* ³¹ (Así las llamas y las despide) (Alguna veces las intriga diciendo sólo Per... ¡ finalmente pronuncia las dos palabras de seguida y en forma tan rápida que los demonios, ahora miedosos, no saben qué hacer. Por último, después del último Perlicke, ya no vuelven más).

Esperad no más, bueyes de demonios tontos. Para mí no sois lo suficiente inteligentes. Aquí me quedo dentro del círculo y nada podéis intentar contra mí. Y de este modo (levanta el círculo y en él se envuelve) voy donde mi patrón. Y al irse se va pregonando.) ¡Señor Faustus. Señor Faustus!

ACTO VI.

El estudio de Faustus.

Faustus. —Me estoy acordando del espíritu que prometió traerme una respuesta del Príncipe de los Infiernos.

Voz de Mefistófeles. —¡Oh, Faustus!, ¿en qué traza quieres que me presente?

Faustus. —En traza de hombre.

Mefistófeles. —Aquí estoy.

Faustus. —¿Qué respuesta me traes de tu potente Plutón?

Mefistófeles. —Sí. Oh, Faustus mío, traigo orden de servirte.

Faustus. —Y por cuanto tiempo quieres servirme

Mefistófeles. —Deseo oírlo de ti.

Faustus. —Es mi anhelo que me sirvas por espacio de veinticuatro años, que hagas que jamás carezca de víveres de calidad, que me reveles las artes y las ciencias ocultas que hay en el mundo, que me des una respuesta categórica a cuanta pregunta te formule, sea que verse sobre problemas del alma o del mundo y que cada vez que me plazca asistir a entretenimientos de cualquier índole, me conduzcas de un lugar a otro del mundo con la mayor rapidez posible y sin el menor riesgo.

- Mefistófeles. —Quiero servirte por ese lapso. Pero tienes que escriturar la cesión de tu alma a Plutón, Príncipe de los Infernos.
- Faustus. —¿En qué puede ser útil mi alma a tu Príncipe de los Infernos?
- Mefistófeles. —En que pueda servirte de deleite y divertimento.
- Faustus. —Y ahora hazme oír tus condiciones para que yo sepa de qué modo he de comportarme respecto de ti.
- Mefistófeles. —Lo oirás en el acto. Es a saber:
Primero, que durante el tiempo que yo te sirva, no te laves las manos, ni te cortes las uñas, ni te tonsures la barba.
- Faustus. —Pero entonces apareceré al mundo como un monstruo.
- Mefistófeles. —No te preocupes, oh, Faustus mío. Daré más finura y belleza a la conformación de tus rasgos faciales.
- Faustus. —Si es así, te concederé este punto.
- Mefistófeles. —Segundo, exijo de tí que abandones de todo en todo las aulas universitarias.
- Faustus. —Pero, ¿qué te imaginas, Mefistófeles? ¿No diría la gente que el Doctor Faustus, antes tan sabio, se ha olvidado de sus estudios? Y esto sería, en consecuencia, perjudicial para mi reputación.
- Mefistófeles. —También esto tiene su remedio. Yo mismo representaré a tu persona y en públicas disputaciones aumentaré tu gloria considerablemente.
- Faustus. —Si se puede confiar en ello, séate también concedido el segundo punto.
- Mefistófeles. —Además, no te debes dirigir a Iglesia alguna y debes abjurar y renegar del Cielo y de cuanto en él se contiene.
- Faustus. —¿Qué estás diciendo, Mefistófeles? ¿Abjurar yo y renegar del Cielo, de quien recibí tantos talentos y beneficios? No. Esto no sucederá jamás.
- Mefistófeles. —Si no quieres convenir en este punto, no puedes encontrar ayuda alguna en nosotros, los demonios, pues quien quiera ser de los nuestros, debe odiar el Cielo, como a su mayor enemigo y maldecirlo.
- Faustus. —¿No puedo entonces conseguir nada sin este punto?
- Mefistófeles. —Sin él tus demandas son vanas.
- Faustus. —Entonces, séate también él concedido.
- Mefistófeles. —Tampoco debes ya contraer matrimonio.
- Faustus. —¿Y por qué no?
- Mefistófeles. —Porque el estado del matrimonio es, para nosotros los demonios, odioso.
- Faustus. —Difícilmente te concederé esto, porque desde hace ya tiempo, estoy decidido a conseguirme una bella esposa.
- Mefistófeles. —Todo, menos esto.
- Faustus. —Este punto me parece demasiado molesto.
- Mefistófeles. —No obstante lo cual, hay que concederlo. Elígete, Faustus, cada día algo nuevo y fresco. Tendrás así una grata variación, para cuyo efecto te seré útil.
- Faustus. —Ya me encuentro en tus manos. Séate este punto concedido.
- Mefistófeles. —El último punto es que hoy mismo escritures la cesión de tu alma a Plutón.
- Faustus. —¡Moroso, aburridor! ¡Qué mi alma vaya donde Plutón a los Infernos! (Se levanta bruscamente).
Quiero firmar.
- Voz del Genio benéfico. —¡No, oh, Faustus, no lo hagas! La compra te resultará demasiado cara. Piensa en el Juicio Final y en el fuego de los Infernos.
- Faustus. —¿Qué voz es ésta? Se excita mi ánimo.
- Mefistófeles. —¿Con qué quieres escribir?
- Faustus. —Con pluma y tinta, pues.
- Mefistófeles. —No las necesitas. Nosotros, los habitantes de los infiernos, lo escribimos todo con sangre.
- Faustus. —¿Con sangre? Pero ahora en mitad de la noche. ¿cómo conseguiré sangre? Cómo si todo el vecindario reposa y nadie está ya en pie?
- Mefistófeles. —¡No importa! Pásame tu mano.
- Faustus. —¡Pero que no duela!
- Mefistófeles. —Sin daño ni peligro. Mira, ¡aquí tienes sangre!
- Faustus. —Cielos ¿qué es esto? Apenas me toca la Furia y ¿ya brota sangre de mis venas? Y en mi mano derecha se diseñan dos letras: una H y una F. ¿Qué significa esto? Homo, fuge ¡Hombre, huye! De ningún otro que de ti, vil ladrón de almas!
- Mefistófeles. —(Riéndose) Ja, ja, ja, Pretendes ser un hombre sabio y no sabes

- interpretar de mejor modo las dos letras de tu mano. En verdad, significan, Hombre, huye pero ¿adónde? sino a los brazos de tu amigo Mefistófeles.
- Faustus. —Es verdad. Así debe interpretarse (Escribe con su sangre). He aquí el manuscrito.
- Voz del Genio benéfico. —Faustus, no entregues el manuscrito o estás perdido eternamente.
- Faustus. —Fuera tú, falsa voz
Aquí tienes el manuscrito. Ahora he menester de tus servicios.
- Mefistófeles. —Cuanto tú codicies, lo conseguirás de mí.
- Voz del Genio benéfico. —¡Oh, Faustus, ay de ti! Tu alma comienza a hundirse; en la eternidad debes ahogarte en el abismo de azufre.
- Mefistófeles. —¿Quieres que mande que se lleven el contrato?
- Faustus. —¡Como te plazca!
- Mefistófeles. —Entonces conjuro en el acto una furia infernal por su máxima pena y plaga, que aparezca de inmediato y retire el contrato para llevarlo a nuestro Príncipe Infernal, Plutón.
(Llega un cuervo, coge el contrato y desaparece con él por la ventana).
- Faustus. —¡Ay de mí! ¿qué he hecho? ¡Ay de mí! ¿en qué me he metido? ¡Tengo que ver hundirse mi alma en los Infernos, mi alma, el bien tan caramamente ganado por mi Salvador!
Oh, Faustus, ¿qué has hecho?
Tienes menos entidad que un gusano, eres menos que un perro, pues el primero se contrae cuando uno lo pisa y muestra así sensibilidad; el otro acaricia a su amo por cada mendrugo de pan.
En cambio tú, ser humano, eres insensible a todos los beneficios que diariamente te da el Creador. Tú pisoteas sus leyes y desprecias sus mandatos.
- Mefistófeles. —¡Animo, Faustus! Si quieres tener una alegría, un placer, un entretenimiento, manda no más. Todos los tesoros del mundo están a tu disposición. Goza, Tu fiel Mefistófeles no ahorrará ningún esfuerzo.
- Faustus. —Ya que me he entregado al demonio, quiero gozar del mundo y de sus placeres, mientras sea factible.
Oye, Mefistófeles, me han llegado noticias de que el Duque de Parma celebra tan magníficamente sus bodas que las fiestas duran ya algunos meses. Quisiera participar de ellas, hoy mismo.
¿Te será acaso posible?
- Mefistófeles. —¡Por cierto! En un cuarto de hora, si quieres. Vé a tu cuarto, tiende tu capa y pronuncia la palabra ¡"Arriba"! Y, en el acto, estarás en Parma.
- Faustus. —Veremos de qué es capaz tu arte. Pero condúceme con cierta lentitud, de modo que pueda yo gozar de las diferentes joyas arquitectónicas del mundo. Cuando me encuentre en presencia del Duque, si se le antoja ver una muestra de mis artes, empuñate, sea lo que fuere, por mostrárselo, a fin de que yo merezca reputación y gloria.
Voy ahora para entregar a Wagner la dirección de la casa. En cuanto a Juan-Prieta, que emprenda viaje más tarde. Pero en caso de que se encuentre con el Duque, que no revele nada de mí, ni de mis artes. Si no, será despedido de mi servicio. Ya conoces mi voluntad. Confórmate a ella.
- Mefistófeles. —Puedes confiar plenamente en mí.
- Faustus. —(Sale)
- Mefistófeles. —¡Ahora, alégrate, Mefistófeles! Por fin, tienes al grande hombre en tu trampa. Varias Furias ensayaron sus artes en él. Pero en vano; la avaricia, la soberbia, la lujuria, la calumnia, todas fueron rechazadas; A mí sólo quedó reservada la buena suerte de traerlo a la infernal.
Pero aquí hay todavía un sirviente de él, de nombre Juan-Prieta; él también debe ser presa del Demonio, haga lo que haga.

ACTO VII

- Juan-Prieta. —(Primero, mete la cabeza)
Aquí tampoco está mi patrón. Sólo el Diablo sabrá donde estará metido el señor Faustitus.
- Mefistófeles. —¿Cómo te va, chuncho
- Juan-Prieta. —Cállate, no soy ningún chuncho³².
- Mefistófeles. —Dime, qué estas haciendo en el aposento de mi patrón?
- Juan-Prieta. —Cierra el hocico, burro hocicón. Mi patrón no tiene otra habitación ni hay otra persona en casa sino Wagner y yo.
- Mefistófeles. —¡Y yo!
- Juan-Prieta. —Puh ¿quién eres tú?

- Mefistófeles. —Yo soy su secreto secretario. Sé de todo sus secretos.
- Juan-Prieta. —Creo que has de saber ahora un poco demasiado.
- Mefistófeles. —Si estás al servicio del Doctor Faustus, dime ¿dónde está ahora el Doctor Faustus?
- Juan-Prieta. —¡Bah! ¿dónde ha de estar? Estará en su dormitorio.
- Mefistófeles. —¡Oh, no! Hace tiempo que está en Parma.
- Juan-Prieta. —¿Cómo en Sarna?³³
Ahora veo que eres un gran majadero. Cómo puedes decir que mi patrón está en sarna si está perfectamente sano.
- Mefistófeles. —En el Ducado de Parma, en Italia, pues allá se están celebrando las grandes nupcias del Príncipe Héctor.
- Juan-Prieta. —¿Qué es eso de nupcias?
- Mefistófeles. —Quiere decir casamiento.
- Juan-Prieta. —Seguro que ahí habrá hartos que engullir y trasegar.
- Mefistófeles. —¡Imagínate!
- Juan-Prieta. —¿Lindas chiquillas?
- Mefistófeles. —De las que te gustaría ver a ti.
- Juan-Prieta. —¿Y buena música?
- Mefistófeles. —Ya quisieran oírla tus oídos.
- Juan-Prieta. —¿Cómo se llevó el Diablo mi patrón a Parma?
- Mefistófeles. —Yo le llevé allá con mi arte y habilidad.
- Juan-Prieta. —¿Pero quién eres tú, entonces?
- Mefistófeles. —Ego sum diabolus.
- Juan-Prieta. —De modo que tú eres un "pateta"³⁴.
- Mefistófeles. —No digas así. Llámame el Demonio.
- Juan-Prieta. —¿Así que éste sería el Diablo?...
- Mefistófeles. —Y apuesto mil escudos contra tu alma que puedo hacerlo todo.
- Juan-Prieta. —¿Tú!, tirillento, ¡Cara tienes de poderlo todo! Te apuesto tres reales a que no eres capaz de hacerlo todo.
- Mefistófeles. —Sea por deporte. Va la apuesta.
- Juan-Prieta. —Sabes chasquear y hacer lesos a un "pun".
- Mefistófeles. —¿Qué es eso? ¿Un pedo?
- Juan-Prieta. —¡Cochino! No hay que decir eso directamente. Hay que tragárselo. ¿Pero sabes hacerlo lesos?
- Mefistófeles. —No, no lo sé, Enséñamelo.
- Juan-Prieta. —Muy bien. Tienes que aprenderlo. Pero te costará tres reales.
- Mefistófeles. —¡Echale nomás! Adelante. ¿Cómo se hace eso?
- Juan-Prieta. —Fíjate, es un buen trabajo. Mira. Si te viene el "pun", tú lo haces pasar por un cedazo; entonces el "pun" no sabe por qué hoyito salir. Eso se llama hacer lesos a un "pun".
- Mefistófeles. —¡Está bueno! Te ganaste los tres reales. ¿Sabes otra?
- Juan-Prieta. —¡Claro! Pero te cuesta otros tres reales. Dime, sabes sangrar a un "pun".
- Mefistófeles. —Tampoco sé
- Juan-Prieta. —Entonces eres un Diablo hartos lesos.
Primero, decías que te lo sabías todo. Bueno, por tres reales te lo voy enseñar.
- Mefistófeles. —Conforme. Los tendrás.
- Juan-Prieta. —Entonces son seis reales en total.
- Mefistófeles. —Sí, sigue no más.
- Juan-Prieta. —Bueno, mira, si uno quiere sangrar a un "pun", lo dispara en un balde de agua.
- Mefistófeles. —¿Fría o caliente?
- Juan-Prieta. —Lo mismo da. ¡Mira! Se sienta uno con la cara posterior metida en el balde y se lanza el "pun". Entonces se forma una burbujita y tu la pinchas con la nariz. Eso se llama sangrar a un viento.
- Mefistófeles. —¡Qué el Diablo lo haga!...
- Juan-Prieta. —Bueno, y ¿no eres tú el Diablo?
- Mefistófeles. —¿Sabes alguna otra cosa tan bonita?
- Juan-Prieta. —Claro que sí. Pero te cuesta otros tres reales. Entonces son nueve reales ¿Sabes hacer que una vieja vuelva a ser doncella?
- Mefistófeles. —No, no lo sé.
- Juan-Prieta. —Yo tampoco. Si lo supiera no tendría que mortificarme tanto en este mundo. Entonces, tendría trabajo de más...
- Mefistófeles. —Ya no quiero aprender nada más. Dime, ¿quieres ir también donde tu patrón?
- Juan-Prieta. —¡Sí llévame allá!
- Mefistófeles. —Pero entonces tienes que darme lo que tienes dentro del cuerpo.
- Juan-Prieta. —¿Lo que tengo dentro del cuerpo. Lo tendrás tamaño como un puño. Pero hoy ya no se puede. Sólo mañana por la mañana, cuando esté bien amasado...

Mefistófeles. —¡Sinvergüenza! ¿Quién habla de eso? Yo estoy hablando de tu alma.

Juan-Prieta. —No tengo alma, porque soy de palo.

Mefistófeles. —Entonces, por lo menos, tienes que firmarme un pacto en que conste que quieres ser mío.

Juan-Prieta. —No puedo, porque no sé escribir.

Mefistófeles. —Yo te llevaré la mano.

Juan-Prieta. —¡Sale para allá! Sería una vergüenza que la gente dijera que el Diablo le ha pasado la mano a Juan-Prieta por aquí y por allá.

Mefistófeles. —Entonces, de todos modos tienes que prometerme que quieres ser mío.

Juan-Prieta. —Prometértelo puedo. De todos modos no vale ante los Tribunales, porque él no tiene testigos y yo después se lo niego rotundamente (En voz alta).

Bueno, me da lo mismo. Te lo prometeré.

Mefistófeles. —Entonces, venga esa mano en señal de confirmación.

Juan-Prieta. —(Le da la mano) ¡Ay, ay, ay, que me quemó, que me quemó! Arde hasta que te consume la peste, caraña de verdugo. Eres caliente como fierro ardiendo. Ardes como fuego. ¿Por qué eres tan caliente?

Mefistófeles. —Todos nosotros somos ardientes por naturaleza.

Juan-Prieta. —Si por naturaleza sois tan ardientes, podrías hacer cosas bien buenas en el invierno. Espérate no más, si vuelve a hacer tanto frío, te echaré a la estufa.

Mefistófeles. —No es oficio nuestro dar calor a los mortales. Ahora te mandaré un caballo volador. Pero tengo que enseñarte cómo haz de comportarte cuando te halles en presencia del Duque. No se te vaya a salir, cuando te pregunten al servicio de quién estás, decir el nombre del Dr. Faustus. Si lo hicieras traicionarías a tu patrón y serías despedido en el acto. ¿Qué responderías si te preguntarán al servicio de quién estás?

Juan-Prieta. —No diría: Al servicio de don Juan Faustus sino al servicio del señor doctor Faustus.

Mefistófeles. —Con lo cual ya lo habrías delatado.

Juan-Prieta. —Entonces, con mil diablos, no debo decirlo.

Mefistófeles. —Ahora te mandaré un caballo alado.

Juan-Prieta. —¿Qué es eso de un caballo alado?

Mefistófeles. —Un macho cabrío.

Juan-Prieta. —¡Fuera, Diablo! ¡Entonces las gentes dirán que soy aprendiz de sastre!

Mefistófeles. —No quiere decir nada, porque entre nosotros todo va por los aires.

Juan-Prieta. —¡Ah, ah! lo hace mejor que nuestro mastín. Y vuela sin alas y sale por el techo y hace un hoyo al pasar (Aparece un macho cabrío). Ah, ah, mi trotón (Monta, y el macho cabrío escupe fuego por delante y por detrás) (Juan-Prieta grita espantosamente) ¡Caballo de sastre, no arranques así de la tierra! Me da vértigo (Parte).

SEGUNDA PARTE

ACTO I.

Jardín en el Palacio de Parma. Entra la Duquesa.

Duquesa. —Aquí veis a una infeliz Princesa. Pocas semanas ha, recibí a un gentil esposo. Sólo que, tras pocos días de casados, cayó en la tristeza y en la melancolía, de que nada es capaz de hacerlo salir, y devolverle su carácter alegre. He dado fiestas tras fiestas, hecho representar comedias, organizado bailes y otros entretenimientos. Pero él continúa imperturbable, absorto en sí mismo. Organizaré ahora una cacería, porque dicen que la caza es la madre de todas las diversiones.

ACTO II.

El Duque y Orestes.

Duque. —Ahora, querido Orestes, ¿qué pensáis de la elección de mi cónyuge?

Orestes. —Que vos y el país, debierais consideraros felices: Vos, de poseer mujer tan virtuosa; el país, Princesa tan maternal. Y quiera el cielo concedernos a todos el privilegio de ser regidos durante largo tiempo por una pareja principesca tan insigne.

Duque. —Os agradezco estos votos. Y espero que continuéis en lo porvenir

- ayudándome con vuestros sabios consejos a hacer felices a mis súbditos.
- Orestes. —Por cierto, Vuestra Alteza. Trataré siempre de mostrarme digno de vuestra gentil gracia para conmigo. (Se oye gritar a Juan-Prieta en los aires).
- Juan-Prieta. —¡Oh, oh, oh! ¡Maldito caballo de sastre! Cagafuego, revienta (Cae desde lo alto a los pies del Duque).
- Duque. —¡Cielos! ¡Qué extraña aventura!
- Juan-Prieta. —No es una extraña aventura; es mi simple desventura³⁵.
- Orestes. —Estoy en verdad estupefacto, Vuestra Alteza... Este hombre.
- Duque. —Preguntadle, querido Orestes, cómo pudo bajar desde lo alto.
- Juan-Prieta. —¡Him, ham, hum!
- Orestes. —Amigo mío, ¿quién eres?
- Juan-Prieta. —¡Him, ham, hum!
- Orestes. —¿Cómo pudiste caer de lo alto sin lastimarte?
- Juan-Prieta. —¡Him, ham, hum!
- Duque. —Parece mudo. Pero acabo de tener la impresión de haberlo oído hablar. Amigo mío, ¿sois mudo de verdad? Dadme a entender por señas si estáis mudo desde hace largo tiempo y por qué enmudecisteis. (Pausa) ¿Cuánto tiempo ha, que estáis mudo?
- Juan-Prieta. —Hace un ratito no más que me quedé mudo.
- Duque. —Mira, bribón, sabes hablar tan bien como yo.
- Juan-Prieta. —La verdad es que soy mudo y al mismo tiempo sé hablar.
- Duque. —¡Di, pues, ¿cómo llegaste aquí?
- Juan-Prieta. —Se lo diré. He viajado hasta aquí en un caballo de sastre por la vía aérea. De repente se me voló de entre las piernas y me dejó caer aquí.
- Duque. —Este buena pieza se presenta aquí de manera harto extraña. Pero dime, amigo mío, ¿no te lastimaste al caer?
- Juan-Prieta. —Si me quiebro un brazo o una pierna, voy donde el carpintero para que me lo peguen.
- Duque. —¿Ah, sí?
- Juan-Prieta. —¡Claro!
- Duque. —Bueno, entonces. ¡Levántate!
- Juan-Prieta. —¿Oye, y no me podrías ayudar tú un poquito?
- Duque. —¡Ni por pienso!
- Juan-Prieta. —Entonces, ya sé lo que tengo que hacer. Me levanto solo. ¿Ves, viejito? El Juan-Prieta sigue estando bien sanito.
- Duque. —Es un bellaco original. A juzgar por su vestimenta, parece extranjero. (En voz alta). Dime, amigo, ¿de dónde eres?
- Juan-Prieta. —De mi tierra.
- Duque. —¿Ah, sí? ¿Y cómo se escribe el nombre del Príncipe de tu país?
- Juan-Prieta. —Se escribe con tinta y papel, pues.
- Duque. —Tengo que habérmelas con un mozo astuto. Pero yo lo superaré en malicia (En voz alta). Pero, por lo menos, me dirás si viajas por negocios propios o por cuenta ajena.
- Juan-Prieta. —Ni falta que hace decir que soy sirviente. Mira, catea.
- Duque. —En verdad, no hace falta. Pero si un hombre está al servicio de alguien, es porque tiene un amo. Es una consecuencia forzosa.
- Juan-Prieta. —A mí mismo se me había ocurrido.
- Duque. —Y ahora me dirás: ¿quién es tu patrón?
- Juan-Prieta. —¡Ahí está el huevo!³⁶... Es lo que no puedo decir porque si no, me acogotan.
- Duque. —Pero a mí puedes decírmelo. No te pasará nada.
- Juan-Prieta. —Pero: ¿quién es Ud., pues?
- Duque. —Soy el Duque de Parma.
- Juan-Prieta. —¿Qué? ¿El Duque de Parma? Pues he caído justamente como la sogá en casa del ahorcado³⁷. Perdone que no le haya hecho cortesía alguna. Pero me alegro mucho que tenga Ud. el honor de conocerme³⁸. Póngase el sombrero no más!
- Duque. —Está bien, amigo mío. Pero ahora podré enterarme, por fin, cómo se llama tu patrón. ¿O tu patrón mismo te lo ha prohibido?
- Juan-Prieta. —Bueno, mi patrón, no. Pero el "Pateta" sí³⁹.
- Duque. —¿El Pateta? ¿Quién es ese Pateta? No lo conozco.
- Juan-Prieta. —Chis... Calladito, señor Duque para que no lo oiga (Misteriosamente) Es el Diablo ¡brrr!
- Duque. —¿Ah, sí? Bueno, pues el Diablo no tiene nada que mandar en mi país (Para sí). Ya veo que no quiere revelar nada (En voz alta). Pero yo conozco un medio para hacerte abrir la boca.
- Juan-Prieta. —¿Y es?
- Duque. —¡Ah! ¡Te estás poniendo curioso! Te lo diré inmediatamente. Te haré meter ahora mismo en el calabozo.

- zo si ahora mismo no me dices quién es tu patrón.
- Juan-Prieta. —¿Con que ésas tenemos? Ahora sí que estoy en amarillos aprietos⁴⁰ (Con voz lastimera). Señor Duque. No puedo decirlo. Si no, el "Pateta" me acogota.
- Duque. —¡Pamplinas! ¿Vas a... O quieres que yo...?
- Juan-Prieta. —Señor Duque, yo bien quisiera. Pero la verdad es que no se puede...
- Duque. —¡Tiene que poderse!... Rápido o...
- Juan-Prieta. —¡Ay, ay, ay! Pare, señor Duque. Ya sé cómo hacerlo. Señor Duque, ¿sabe adivinar?
- Duque. —Claro que sé adivinar.
- Juan-Prieta. —A ver, señor Duque, ¿cómo se caracteriza este Palacio?⁴¹
- Duque. —Bueno, por su grandeza, por su magnificencia, por su fausto.
- Juan-Prieta. —¿Cómo dijo, por último? La pilló, señor Duque. Pero yo no he dicho nada, ¿ah?
- Duque. —¿Cómo? El gran sabio, el Dr. Faustus, es tu patrón?
- Juan-Prieta. —El mismo. Uno tiene que saber hablar con la gente..., sin revelar nada. Eso es lo más importante. Soy un verdadero genio, lleno de artimañas y astucia.
- Duque. —Tú, que estás al servicio de personaje tan famoso, ¿no has aprendido nada de su arte?
- Juan-Prieta. —Es que mi patrón ha aprendido de mí.
- Duque. —¿De ti?
- Juan-Prieta. —¡Claro! Soy el maestro de Faustus. ¿Nunca oíste hablar de mí? La fama ha difundido mi nombre por el mundo entero.
- Duque. —No, nada he oído de eso.
- Juan-Prieta. —Claro, ahora me acuerdo. Justamente entonces tuvimos un invierno muy duro. Tienen que habersele congelado los tonos a la Fama. Pero, espérese no más hasta que se le descongelen: la tremenda bulla que se va a armar.
- Duque. —Me gustaría muchísimo ver ahora mismo algunas pruebas de tu habilidad.
- Juan-Prieta. —¿Así que quiere ver algunas muestras de mi habilidad?
- Duque. —Sí.
- Juan-Prieta. —Con ella puedo servirlo (Para sí mismo). No ves, Prieta, si hubieras aprendido algo en su oportunidad, podrías ahora ganar mucho (En voz alta). ¿Desea Ud ver algo magno, sublime?
- Duque. —Sí, algo extraordinario.
- Juan-Prieta. —¿Quiere ver, por ejemplo, que se nos venga encima un mar de agua de modo que nos ahogemos los tres?
- Duque. —No, no me agradaría ver eso.
- Juan-Prieta. —Pero es una demostración bien fuerte.
- Duque. —Prefiero que me muestres otra cosa.
- Juan-Prieta. —¡Entonces, otra cosa! ¿Le gustaría ver tal vez una piedra de molino que llegara por los aires y nos metiera veinte pies bajo la tierra? ¡Es una demostración impresionante!
- Duque. —Tampoco me gustaría ver eso. Con ello peligraría mi vida lo mismo que con la primera prueba. Quiero algo fino, algo agradable.
- Juan-Prieta. —¿Ah, sí? Algo fino. ¿Quiere ver, por ejemplo, los tinieblas egipcias envueltas en algodón? ¡Es una prueba finísima! Pero me demoro cuatro semanas en meterlas en una cajita.
- Duque. —¡No hables cosas tan tontas!
- Juan-Prieta. —¿Cosas tontas? ¿Y Ud. puede hacerlas?
- Duque. —No pero...
- Juan-Prieta. —Entonces tampoco puede Ud. decir que sea una cosa tonta. Me saca pica, se me revuelve el cuerpo en el hígado⁴², cuando llega un hombre diciendo que algo es una tontería y que, sin embargo, él no puede hacerlo.
- Duque. —Pero no te enojés tanto. Y dame otra demostración, algo estético.
- Juan-Prieta. —¿Algo estético? ¿Quería ver acaso el trino de alguna cantante famosa, conservado en alcohol?
- Duque. —¡Pero, no! Nosotros mismos tenemos aquí en la corte insignes virtuosos.
- Juan-Prieta. —¿Ah, sí? De manera que Uds. tienen aquí signos pringosos?⁴³ Espérese un poquito. Voy a hacerle una prueba tísica.
- Duque. —Física, querrás decir. ¿En qué consistirá?⁴⁴
- Juan-Prieta. —Quiero producir humo sin fuego ni azufre.
- Duque. —¡Ya! Eso debe ser bonito, hazlo.
- Juan-Prieta. —Oh, sí. Es muy lindo. Sólo que acarrea un poco de unguento.
- Duque. —¿Querrás decir incruento?⁴⁵

- Juan-Prieta. —Ungüento o incruento, tanto da. Y ahora quítese un poco, no sea que le salte a la cara (Pronuncia un conjuro). ¡Hockes, Bockes, rictus malagus!
- Duque. —¿Bueno, y? ¿Sale luego? Estoy lleno de curiosidad.
- Juan-Prieta. —¡Al tiro, al tiro; ya viene! quedará satisfecho.
- Duque. —Pero no veo nada todavía.
- Juan-Prieta. —Tampoco yo he visto nada (me refiero a mi propina);
- Duque. —Pero eso es muy demoroso.
- Juan-Prieta. —¡Claro! Es que las cosas buenas siempre son muy demorosas. ¡Pero, ya viene! ¡Fíjese! Ya está (Levanta una pierna y deja escapar un spiritus familiaris).
- Duque. —¡Atrás, atrás!, ¡Puff! ¡Cochino! ¿Ese es el humo sin fuego?
- Juan-Prieta. —¡Claro! Es un vapor sin fuego, porque el fuego no se ve, pero el vapor sí que tiene un saborcillo...
- Duque. —¡Miserable! Defraudar así mis esperanzas. Y tomarme el pelo de ese modo. ¡Quítate de mi presencia, animal!
- Juan-Prieta. —Bueno, pero déme también mi propina.
- Duque. —¿Propina? Palos te voy a dar. ¡Infame!
- Juan-Prieta. —¿Palos? Esos los consigo en cualquier parte, gratis, y sin necesidad de viajar tanto.
- Duque. —Sal de mi vista (Juan-Prieta sale). Espérate no más, maldito bellaco. Orestes, id y hacedlo apresar por la guardia y que le den su merecido por su bellaquería.
- Orestes. —¡De inmediato, vuestra alteza! (Sale).
- Acto III.
- Duque. —(Solo) Pero no quiero hacerle pagar demasiado caro su atrevimiento de haberse burlado de mí, porque con sus divertidas ocurrencias, me causó en verdad cierto placer. Sí, el criado es, por lo menos, más habiloso que el patrón. Y por de pronto, ya sé qué brujo tan grande estoy albergando en mi corte. Sí, el Dr. Faustus es el hechicero más grande de nuestra época. Mandaré que comparezca aquí en el acto. Y entonces tendrá que hacer sin testigos alguna demostración.
- Faustus. (Entrando) —¿Querías, señor Duque, enviar por mí? ¿Cuál es vuestro deseo?
- Duque. (Asombrado) —¿Cómo, Dr. Faustus, sabéis leer los pensamientos de los demás?
- Faustus. —¿Cómo llegásteis a saber ese nombre, señor Duque?
- Duque. —No penséis, señor doctor Faustus, que sólo vos seáis un gran maestro en el arte de la magia. También yo he alcanzado en ella cierta maestría. Pero como ya sé qué gran artista albergo en mi Corte, tengo un ruego que formularos.
- Faustus. —Decid, señor Duque. Vuestros deseos son órdenes para mí.
- Duque. —Ya he visto una que otra manifestación de vuestras artes con que asombrasteis a todo el mundo. ¿No querriais mostrarme aquí a solas, sin testigos, vuestro poder?
- Faustus. —Con el mayor gusto, señor Duque, si no pedís lo imposible.
- Duque. —Señor Doctor, he leído muchas cosas sobre Alejandro Magno. No podríais hacer que lo viéramos aquí, con su mujer, pero sin sufrir daño alguno?
- Faustus. —Puede ocurrir sin daño ni peligro alguno. ¡Mefistófeles, apresúrate! Tráelos a ambos (Aparecen las figuras. Música).
- Mefistófeles. —(Invisible) Aquí están.
- Duque. —He leído que Padamora tenía un lunar en el cuello, al lado izquierdo.
- Faustus. —Vuestra Alteza dará con él en realidad.
- Duque. —¡De veras! Así es.
Pero hacedlos volver al lugar de donde vinieron. Ahora querría ver al gran gigante Goliat y al pequeño David.
- Faustus. —Al punto será Vuestra Alteza satisfecho, Mefistófeles, ¿lo has oído? Haz aparecer de inmediato al gigante Goliat y al pequeño David (Suena un adagio; aparece Goliat y David que trae una honda en la mano) (Después de algunos minutos en que el Duque habla con Faustus, declara el Duque que ya los ha visto. Se inclina Faustus y hace señas. Las apariciones se esfuman. Cesa la música).
- Duque. —En realidad, habéis superado todas mis expectativas con vuestras exhibiciones. Más de una vez había pensado cómo pudo el pequeño David

terminar con el gigante, mediante el solo auxilio de su honda.

Faustus. —Es una prueba de que el poderoso no debe siempre fiarse de su fuerza.

¿Qué más desea ver Vuestra Alteza?

Duque. —A la casta Lucrecia. Hundiéndose el puñal en el pecho, allá en el Capitolio de Roma, porque querían arrebatarse por la fuerza su castidad.

Faustus. —Muy bien, Vuestra Alteza. ¿Lo has oído, Mefistófeles? Haz aparecer en el acto a la casta Lucrecia (Hace señas. Adagio. Aparece Lucrecia, con el puñal en el pecho. Lo demás, como en las apariciones anteriores).

Duque. —En realidad de verdad, satisfacedis de manera sobresaliente mis peticiones.

Esta mujer, con su castidad, salvó el trono tambaleante de los Césares de Roma. Por siempre brillará en la Historia como el más grande ejemplo de la virtud femenina.

Faustus. —Tiene razón, Vuestra Alteza.

¿Qué desearía ver ahora, Vuestra Alteza?

Duque. —A Dalila, despojando a Sansón de su cabellera.

Faustus. —Al instante, Vuestra Alteza. Mefistófeles, haz aparecer ahora mismo a Sansón y a Dalila (Hace señas. Adagio. Se ve a Dalila en un sillón, tijeras en mano y a Sansón que, sentado en un sillón delante de Dalila, está durmiendo mientras apoya su cabeza en las rodillas de Dalila, que lo tonsura) (Lo demás, como antes).

Duque. —Cada vez me dáis mayores pruebas de que sois en verdad uno de los mayores magos de nuestra época. Sólo una prueba más quisiera.

Faustus. —Ordenad, Vuestra Alteza.

Duque. —Mostradme a la heroica Judith con la cabeza de Holofernes.

Faustus. —Muy bien, Vuestra Alteza. Mefistófeles, ¿lo has oído? Haz aparecer en el acto a Judith con la cabeza de Holofernes (Hace señas. Judith aparece a los acordes de un adagio, en la diestra la espada, en la siniestra, la cabeza de Holofernes. Lo demás, como en las anteriores exhibiciones).

Duque. —¡Oh, Faustus! He visto lo que nunca imaginé percibir. Pero me consta que esto es brujería. Y un príncipe piadoso no debe tolerar cosa semejante en su ciudad. Por eso, debéis aleja-

ros de los términos de la ciudad de Parma dentro de veinticuatro horas o me veré obligado, conforme lo reclama la voz del pueblo, a haceros subir a la hoguera.

Faustus. —¿Cómo, mi príncipe? ¿No os he comunicado, en el momento de mi llegada, que soy un catedrático alemán y no un hechicero, como os complacéis en llamarme?

Duque. —Pero nunca he oído decir que en las Universidades alemanas se aprendan artes tales. En una palabra, o abandonáis a Parma o tened por cierto, como soy Duque, que os haré quemar.

Faustus. —Bien, bien, Vuestra Alteza. No os alteréis. Abandonaré Parma; pero no por vuestro mandato, sino por mi libre voluntad.

Duque. —¡Atrevido! ¿Olvidas con quién hablas? (Mefistófeles aparece, Faustus se esfuma). ¿Cómo? ¿Desaparece delante de mis ojos? ¿Y en verdad tengo que sucumbir a su fuerza infernal? Ordenaré que nadie entre a este jardín de que se han apoderado las Furias y los espíritus malignos.

ACTO IV

Mefistófeles. (Reapareciendo. Se ríe).

Faustus. (De igual modo) Habla, Mefistófeles. ¿Qué significa todo esto?

Mefistófeles. —Peligrabas. Tuve que salvarte. Fúgate, Faustus. Ya no puedes permanecer aquí más largo tiempo.

Faustus. —Pero, dime, ¿quién reveló mi nombre al Duque?

Mefistófeles. —Lo hizo el bribón de Juan-Prieta.

Faustus. —Muy bien, que, en castigo, se quede aquí, puesto que violó mis mandatos. Cógeme y llévame a Wittenberg y abandona a este bellaco a su destino (Ambos salen. Pausa).

ACTO V

Mefistófeles. (Arrastrando a Juan-Prieta por el cuello) —Adentro, no más, bellaco. ¿Por qué traicionaste a nuestro patrón? ¿Por qué lo delataste?

Juan-Prieta. —Yo no lo he delatado ni lateado ⁴⁶. Pero, ¡Suéltame, Fósteles, Fostelito lindo, Fostelito querido, suéltame!

- Mefistófeles. —¿Por qué dijiste el nombre de nuestro patrón al Duque?
- Juan-Prieta. —Si yo no le dije una sola palabra. Pero él adivinó el nombre de nuestro patrón. Pero, Fostelito querido, suéltame por esta vez y no me acogotes. Nunca más lo voy a hacer, en mi vida.
- Mefistófeles. —Bueno, pase por esta vez. Pero, en castigo, te vas a quedar solo en Parma, porque nuestro patrón te ha despedido de su servicio. Y ahora verás cómo te vuelves.
- Juan-Prieta. —¡Fósteles, aló, Fósteles querido, lindo Fósteles no me dejes aquí solo! ¡Fostelito se ha ido! Y, por mi alma, me ha dejado solo (Furioso). Págame por lo menos mi salario. Me estás debiendo dos meses de salario. ¡Todo en vano! ¡A éste se lo llevó el Diablo!
- ¡Ay, pobre de ti Juan-Prieta! ¿Cómo te irá ahora? Sin trabajo, sin patrón. Y con el Duque que me hace rondar por cuatro hombres armados con largos palos para pagarme por mis habilidades (Llora). Si lo supiera mi abuelita, creo que la pobre se sacaría los ojos llorando. ¡Ju, ju, ju!
- Urogallo. (Bajando de los aires) —¡Juan-Prietaaaa!
- Juan-Prieta. —Me pareció que alguien gritaba mi nombre.
- Urogallo. —¿Por qué estás tan triste Juan-Prieta?
- Juan-Prieta. —¿Cómo no voy a estar triste si mi patrón me ha echado y me hallo aquí en tierra extranjera sin saber por qué senda ni sendero echar a andar?
- Urogallo. —Es cierto. Está mala la cosa. Porque por ahí andan hartos bandidos que matan a palos por dos reales.
- Juan-Prieta. —¿Por dos reales? ¡Y a mí que me quedan justamente seis reales! Quiere decir que me matan tres veces.
- Urogallo. —Sí, sí. Te matarán a palos tres veces.
- Juan-Prieta. —¡Ay, ay, ay! ¡Pobre Juan-Prieta! Ahora sí que se acabó para ti. ¡Ju, ju, ju!
- Urogallo. —¡Pobre Juan-Prieta! En realidad, me das harta pena.
- Juan-Prieta. —Por lo menos hay un hombre siquiera que en el mundo entero se apiada de mí.
- Urogallo. —¿Sabes qué? En la ciudad de Wittenberg se murió el sereno público. Y si tú me escrituras la cesión de tu alma, te llevo a Wittenberg y te hago sereno.
- Juan-Prieta. —Ese contrato es imposible.
- Urogallo. —Y, ¿por qué?
- Juan-Prieta. —Porque no tengo alma. Se le olvidó a mi señor darme alma.
- Urogallo. —¡Pero no seas tonto! ¿No eres hombre? Por consiguiente tienes alma.
- Juan-Prieta. —¿Crees realmente que yo tengo alma?
- Urogallo. —¡Por supuesto!
- Juan-Prieta. (Para sí) —Ah, ¿qué me burlo de este pobre Diablo? (en voz alta). Ahora que me acuerdo, tengo alma. ¡No sé cómo se me pudo olvidar!
- Pero, ¿cómo te llamas?
- Urogallo. —¡Urogallo!
- Juan-Prieta. —¡Purogallo! Ahora, querido Purogallo, te escrituro mi alma para que puedas venir a buscarla en doce años más. ¿Pero, me haces sereno?
- Urogallo. —¡Te hago sereno!
- Juan-Prieta. —¿Y me llevas al tiro a Wittenberg? ¡Agárrame, no más!
- Urogallo. —Sí, dentro de pocos instantes estaremos en Wittenberg.
- Juan-Prieta. (Lo coge) —Ahora te agarro (Salta hacia atrás, soplándose las manos). ¡Diablo!, me quemé. Tengo que tener las manos llenas de ampollas.
- Urogallo. —Somos por naturaleza incandescentes.
- Juan-Prieta. —Me he dado cuenta. ¡Pero, sé un poco más templado!
- Urogallo. —Bueno, bueno. Agárrame otra vez. Di ahora capo cnallo.
- Juan-Prieta. —¡Cara de capallo! ⁴⁷.
- Urogallo. —No, así no. Capo cnallo.
- Juan-Prieta. —Capo cnallo (desaparecen volando).

TERCERA PARTE

Faustus. —En ninguna parte encuentro tranquilidad. Si estoy en casa, algo me impulsa hacia fuera. Si estoy fuera, quisiera volverme a casa. ¡Ay, una conciencia mala es, en verdad, una hidra ignominiosa; es peor que un perro rabioso! Este, por lo menos, tiene algunos momentos en que se queda tranquilo. Pero la conciencia mala no suelta en ningún instante.

Mefistófeles. (Apareciendo) —¿Por qué tan triste y solo, mi querido Faustus? Si quieres disfrutar de algún placer o deleite, manda no más. Tu amigo, Me-

- fistófeles, está dispuesto a procurarte todos los placeres del mundo.
- Faustus. —No, no te pido ningún placer. Pero quisiera entablar conversación contigo. A todas las preguntas que te formule, me haz de dar categórica respuesta.
- Mefistófeles. —¡Habla! Contestaré a todo, en cuanto pueda.
- Faustus. —Háblame de la cárcel de los infiernos, del abismo de los condenados, de los tormentos de los réprobos.
- Mefistófeles. —Te lo puedo explicar muy bien. Los infiernos son un abismo sin fondo, donde se junta todo lo abominable, todo lo horroroso. Se llaman también Infiernos candentes, porque ahí todo arde y se abrasa sin que, sin embargo, se consuma. Por eso, hablan de la pena sempiterna que no tiene esperanza ni fin. Porque ahí no puede verse ni la magnificencia de Dios ni la luz del sol.
- Pero lo que las almas condenadas padecen, no hay lengua que pueda decirlo ni mano que pueda escribirlo. Tú sólo oyes gemir, oyes clamar por la muerte. Pero no hay muerte eternamente. Y lo eterno sigue siendo eterno.
- Faustus. —¿No hay, por lo tanto, redención? ¿De ninguna manera?
- Mefistófeles. —¡De ninguna manera! Los que fueron una vez expulsados del seno del Señor, deben arder eternamente.
- Faustus. —¿Qué harías tú, Mefistófeles, si te fuera dado alcanzar aún una esperanza de redención, de bienaventuranza?
- Mefistófeles. —Faustus, tú quieres oírlo. Oye, pues. Si pudiera conseguir la esperanza de la bienaventuranza, soportaría, por años enteros, las torturas más crueles; si todo el ancho mundo estuviera cubierto de fierros candentes, caminaría por él no más rápidamente que un caracol. Y esto, miles y miles de veces. Y si hubiera una escala desde el abismo más profundo de los Infiernos hasta la cúspide más alta de los cielos y si cada uno de los travesaños llevara miles y miles de cuchillos y si yo pudiera sentir todas las sensaciones humanas y aunque hubiera de ser cortado en pedazos diminutos cual la arena del mar, treparía no obstante con alegría y me empeñaría en alcanzar la cumbre más alta para ver si quiera una vez a Dios. Y cuando lo lograra, volvería a ser un espíritu condenado para toda la eternidad y volvería con alegría.
- Faustus. (Para sí) —¿Tal harías? ¡Oh, Faustus!, esta Furia te avergüenza: osaría todo para salir de la tortura de los réprobos y tú, ser humano, que naciste para aquella alegría, te precipitas de adrede en esa misma tortura (En voz alta). Dime, espíritu mío, ¿no podría yo aún llegar a ser un hijo de la bienaventuranza?
- Mefistófeles. —No lo sé.
- Faustus. —Conforme a nuestro convenio, estás obligado a revelármelo todo.
- Mefistófeles. —Pero no debo.
- Faustus. —Entonces, te conjuro.
- Mefistófeles. —¡Y yo me fugo de ti!
- Faustus. (Solo) —Ah, fúgate, fantasma infernal, maldito. Sólo ahora me doy cuenta de cómo estaban mis ojos obcecados. ¡Ay, mísero de ti, Faustus! ¡Cuánto te ha engañado Satanás que, por esta horrenda Arte Nigromántica, te ha hecho perder el Cielo!
- Pero el Cielo mismo promete que, en verdad, hasta el más grande de los pecadores puede, si confiesa su mal, conseguir nuevamente la Gracia, por virtud de las lágrimas de un arrepentimiento verdadero. La acusación propia es el mejor medio para anular el castigo, que se ha merecido, cuando va sostenida por un verdadero arrepentimiento (Arrodillándose, implora). (Música).
- Ay, Padre, escucha, ay, Padre, ayúdame.
[dame]
- En ti han de reposar ahora mi corazón y mi alma.
[razón y mi alma.]
- ¿No quieres, oh, Padre, condolerte
[del pecador,
- negaste, oh Padre? ¿Qué harán,
[pues los hombres?
- Tú lo dijiste, Tú lo prometiste,
quien veramente expía, ése verá tu
[amparo.]
- Tú ves con lágrimas a mí a tus pies
[tendido;
- en tu palabra, fío; creo y aún espero.
Yo quiero ser paciente, en tierra
[reposar;
- ¿no advienes, cuando clamo?, Pero
[vendrás, Señor.]
- Mefistófeles. (Reapareciendo) ¡Oh, Faustus!, ¿qué haces ahí, postrado? ¿Quieres finar tu vida como mujer senect

- ¡Anda! ¡Deja que el rogar sólo sea rogar! ¡Mira! Te convertiré en príncipe, te cubriré de vestiduras espléndidas. Te han de tributar mayor acatamiento que a Alejandro Magno y a Julio César. ¡Tú haz de regir el mundo!
- Faustus. Con gala de púrpura y de seda, lucía antes el jactancioso vano, en el Infierno yace ahora y pena por una gotita de agua. Lázaro fué pobre y mudo, dejóse por perros lamer, siéntase hora cabe Abraham y regodéase cara al cielo. Judas, por dinero, dejó perder su alma; por fin acogió Dios al robador que hacia El se tornó. Así me acojo yo a la Gracia, Ah, Señor, acuérdate de mí envíame tu porción de Gracia porque sin Ti me olvidan.
- Mefistófeles. ¿Cómo? ¿Han de perderse todas las penas que yo me he tomado por él? ¡Oh, Plutón, socórrem! Si Faustus sigue rezando por un cuarto de hora más, tendré que ceder. ¡Pero yo he de mover todos los Infiernos, a fin de que no escape de mis garras! (Sale).
- Faustus. —¡Oh, Señor, Dios de los Milagros, Padre de los Padres. Contempla mis lágrimas, cómo ruedan llenas de pesar. Yace aquí ante tu Trono el más grande pecador; Clama, Señor, a Ti, Yace a tus pies. Pues cual cuervo desde su oscura cue-
[va
por un fresco sorbo de agua clara
[clama,
así clama ahora mi alma
a Ti, ¡Oh, Dios! sólo por compasión.
- Plutón. Dios de los Infiernos.— (Apareciendo acompañado de Elena) Ha resonado en nuestro infernal imperio cómo Faustus se convierte y pretende escapar a mis garras por la vía del arrepentimiento. Así se me escaparía una succulenta presa. ¡Pero no ha de ser! —Aquí lo tenemos, de rodillas (A Faustus) ¡Puf! ¡Avergüéntate!
- Faustus. —¡Apártate de mí, fantasma de los Infiernos, maldecida Furia!; ¡ignominioso Satán!
- Plutón. —¿Cómo? ¿No habrá remedio? La belleza de las mujeres ha hecho declinar a menudo a valientes héroes. Contigo ocurrirá lo mismo (A Faustus)
- ¡Mira aquí, Faustus, la belleza de Elena, la griega, por cuya causa Troya fué destruída! Quiere verte y hablarte.
- Faustus. —¡Lárgate, espíritu maldito y no me perturbes en mi oración! ¡Maldita aventura! ¿Cómo puede hallarse aquí Elena, si murió hace cientos de años?
- Plutón. —¡Alzate de tierra! ¡Persuádate, mírala! ¡El puro mirar no te ha de reportar daño alguno!
- Faustus. —¡Tienes razón (Se alza). Por mi honor, ¡qué linda es! Pero, ¿qué quiere?
- Plutón. —Quiere amarte, quiere ser tuya.
- Faustus. —¿Me hará feliz?
- Plutón. —¡Sí, Faustus, inconmensurablemente feliz!
- Faustus. —¿Pero allá en esa eternidad?
- Plutón. —¡Oh, Faustus, deja eso de lado; quién va a pensar en ello! Te llama.
- Faustus. —¡Qué estupenda criatura! (La abraza). Ven, pues, linda Elena que yo seré tu Paris (Se va con Elena).
- Plutón. —(Se ríe) Quod diabolos non potest, mulier efficit: Lo que el mismo Diablo no puede, lo logra mediante una mujer. ¡Ja, ja, ja! Ahora me pertenece para toda eternidad y no hay potencia que pueda arrancármelo (sale).
- Faustus. —(Precipitándose al interior) ¿Qué fué eso? ¿Qué Furia Infernal estreché en mis brazos? Engendro de víbora infernal, de nuevo he caído en vuestros anillos. Cuando abrazaba a Elena, me hallé de pronto con una sierpe entre mis brazos, se sustrajo a mi caricia y se escapó. ¡Ay, ahora sí que estoy destinado a los Infiernos: ya no hay súplica ni oración al Eterno que pueda salvarme. ¡Fuera! ¡Fuera! Todo, mis ojos. ¡Salgamos al aire libre!

ACTO III.

Calle. Noche.

Juan-Prieta. (Desde dentro) —¡Margarita! las nueve han dado. Levántate y da luz. Tengo que salir de ronda (Se levanta).

Por fin estoy aquí de nuevo después de tan largo tiempo. ¡Ay, qué feliz me siento de haber logrado esta plaza de "sereno", porque ya estoy harto de viajar, especialmente por la vía aérea, donde uno no halla nunca posada!

Pero escuchadme qué cosa tan admirable me ocurrió hace un par de días. Me extravié del camino real y vine a parar a una gran montaña. Había en primer término un gran portón: Pensé que sería una cocinería. Golpeé y salió un bribón asqueroso y sucio que apestaba a azufre y pez, así como un carbonero huele a humo. Pregunté qué quinta de recreo era aquélla que las gentes olían de ese modo. El pillastre me llamó por mi nombre, diciendo: ¿A dónde bueno, Juan-Prieta? —¡Diablos!, dije, ¿puedo ser tan vastamente conocido? Y le pregunté quién era. Me contestó que su nombre era *Malulo*, que ése era el Infierno y que él era ahí portero por si se me ofrecía ver cosas extrañas.

Me dejé persuadir. Me condujo entonces don *Malulo* a una gran habitación donde se hallaban sentados muchísimos *Fulanos* en sillas bajas, a quienes ajustaban embudos al cuello y les encanciaban grandes cantidades de cerveza caliente, hecha de azufre y pez.

Le pregunté a don *Malulo* qué significaba eso. Me contestó que aquellos eran los borrachos perdidos que nunca se saciaron en el mundo, por lo cual se les saciaba en el Infierno. Le declaré que por muy saludable que eso fuera, yo prefería beberme una botella de cerveza septembrina. Y que, en resumen, no me gustaba la morada esa. Llegamos a la segunda cámara. Pero preferí retirarme, agradeciendo debidamente la gentileza de don *Malulo*.

Al salir, tenía hambre tamaña. Si no hubiera hallado pronto algo que echarme a la boca, me habría devorado a mí mismo. Tal es lo que uno se hambrea en el Infierno.

Y ahora con renovadas fuerzas, soplaré mi cuerno por vez primera (toca el cuerno).

Escuchad, señores, y dejadme deciros
La campana ha dado las nueve.

Cuidad vuestro fuego y luz
para que el mozo no vea a la moza.

Faustus. (Entrando) —En parte alguna hallo reposo ni calma. Me persigue por todas partes la imagen del Infierno. Las horas se deslizan con vertiginosa prisa. ¡Ah!, ¿por qué no fuí en mi conducta constante; por qué me dejé desviar? Supo el espíritu del mal

cogerme por mi lado más débil; irrecatablemente estoy condenado a los Infiernos ahora. Ya no tengo lágrimas. El Eterno no escucha ya mis súplicas. ¡Oh!, soy un hombre miserable y abyecto. Hasta *Mefistófeles* me ha dejado en la estacada en el minuto mismo en que he menester esparcimiento. *Mefistófeles*, *Mefistófeles*, ¿dónde estás?

Mefistófeles. (Aparece como demonio).

Faustus. —¿Qué presentación es esa?

Mefistófeles. —¡Oh, Faustus!, ¿te agrada?

Faustus. —Te burlas. Te has olvidado que, conforme a nuestro pacto, has de presentarte bajo la apariencia de hombre?

Mefistófeles. —Ya no estoy obligado en esa forma.

Faustus. —¡Espíritu! ¡Espíritu infernal! Te empecinas. Conjúrote según nuestro pacto, que estás obligado a respetar.

Mefistófeles. —Ya no lo estoy. Tu tiempo es llegado. Tres horas más y me pertences y mi servidumbre termina.

Faustus. (Sorprendido) —¿Cómo? ¿Qué dices, *Mefistófeles*? ¿Tu tiempo estaría cumplido? ¡Mientes! Han transcurrido recién doce años. En consecuencia, restan aún doce años durante los cuales debes servirme.

Mefistófeles. —Te he servido veinticuatro años.

Faustus. —Pero, ¿cómo es posible? No querrás alterar la cuenta del tiempo en el mundo.

Mefistófeles. —No, no puedo hacerlo. Pero escúchame con paciencia. Exiges doce años más.

Faustus. —Y con razón. ¿No se ha estipulado veinticuatro años en el contrato?

Mefistófeles. —Exacto. Pero no tuvimos en cuenta ahí que yo te serviría día y noche. Así, pues, añade las noches a la cuenta y verás que nuestro contrato se está acabando.

Faustus. —Ay, Espíritu de la falsía, me has engañado.

Mefistófeles. —No, te has engañado a ti mismo.

Faustus. —Déjame vivir un año todavía.

Mefistófeles. —Ni un solo día.

Faustus. —Un mes más.

Mefistófeles. —Ni una hora.

Faustus. —Un día, para que pueda despedirme de mis buenos amigos.

Mefistófeles. —¡No puedo! La hora de la

venganza se acerca, en pos de la cual tanto he anhelado. Aquí te arranco tu potencia mágica y te atrapo en el estrecho círculo que trazo en torno de ti.

Aquí me has de oír, aquí gemirás y temblarás. He de convocar a los espantos extrayéndolos de las tinieblas, he de descubrir las secuencias de tus actos y te he de matar con lenta desesperación. Así exulto, así impero sobre ti. ¡A las doce de la noche nos volveremos a ver! (Sale riéndose y se esfuma).

Faustus. —¡Oh, dolor, qué he hecho, des-

[graciado de mí!
Oh, infelicísimo día, en que vi la luz;

¡Ay, por qué no perecí antes de ser na-

[cidol!
¡Oh, por qué no me ahogó la leche de

[mi madre!
¡Ay, por qué no fueron las entrañas de

[mi madre, prihuelas para mí!

¡Oh, por qué no perecí al nacer!

¡Ay, por qué no se tornó en la hora de

[mi muerte!

¡Mísero de mí; mísero de mí! ¿Qué ha

[llegado a ser de mí?

¡Faustus desdichado! ¿en qué laberin-

[to te has metido?

¡Desesperación es mi recompensa!

¡Oh, destino de espanto! ¡cómo me has

[rebajado!

¡Todo perdido, aquende y allende la

[tumba no hay salvación,

ni piedad, ni compasión!

Una voz. —Oh, Faustus.

Faustus. —¡Ah! ¿quién llama?

Voz. —¡Praeparate!

Faustus. —Bueno, Faustus, prepárate, ¿para qué? Para ayes y lamentos. En aquel laberinto está el potro de tus torturas. Sigue ahora el castigo a los pecados, con adecuada retribución clama el Príncipe de las Tinieblas, ya me aguarda. ¡Oh, suplicio infernal! ¡Oh, espíritu! ¡Oh, voz llena de muerte! Tu eco muestra qué furor salvaje en tus venganzas brama; ¿cómo tus plagas infinitas, oh, eternidad larga, he de poder comportar? ¡Ay de mí, qué suplicio grande, maldita la pompa vana que a mí, infeliz, en fuego y llama me arrastra! (Se arrodilla a un lado).

Juan-Prieta. —(Viene con linterna y alabarda) —Oíd, vosotros hombres, dejad que os diga.

Quando la campana dé las diez, Poned atención en vuestras mujeres, que no os pongan cuernos.

Las diez han dado.

Oíd, vosotras, mujeres, y dejad que os

[diga.
Cuando vuestros maridos os vapuleen,

llevadlo con paciencia,
pensad, vuestra bocaza lo tiene harto

[merecido.

Las diez han dado.

Tra-la-la-la.

(Pasa, sin ver a Faustus. Dan las diez).

Una voz. —¡Oh, Faustus!

Faustus. —¿Quién me llama?

Voz. —¡Accusatus es!

Faustus. —Ahora, Faustus, estás acusado a causa de tus pecados.

¿Dónde he de hallar, misérrimo de mí, consuelo y consejo y auxilio? De miedo se me vuelve demasiado estrecho el ancho y grande mundo.

Aquí está el cancerbero, que tortura mi alma.

Ya no hay salvación, no hay compasión que hallar.

Sí, sí, estoy acusado a causa de mis pecados (Sale).

Juan-Prieta. —(Como arriba).

¡El Diablo lo sabe! La campana suena como si Satanás se ocultara en el badojo. Tengo que pregonar de nuevo.

Urogallo. —(Que baja del aire).

Juan-Prieta. —(Choca contra él con la linterna).

Juan-Prieta. —(Grita).

¡Qui vit! ¿Quién va?

Urogallo. —¿No me conoces, ya, Juan-Prieta?

Juan-Prieta. —No, no te conozco. ¿Quiénes somos, pues, mon cher ami?

Urogallo. —¡Soy el Urogallo, pues!

Juan-Prieta. —¿Sí? Deja que te alumbre con el farol (Lo alumbró). ¡Sí, es cierto! Eres el purogallo. ¿Qué desea, el caballero? Pero despáchese con brevedad, porque no tengo tiempo. Tengo que despachar ahora asuntos públicos.

Urogallo. —Me despacharé brevemente. Esta semana se cumple tu emplazamiento y entonces tu alma me pertenece.

Juan-Prieta. —Me despacharé con mayor brevedad aún. En primer lugar, mi alma de palo te servirá de poco, porque ardería de inmediato en el Infierno como carbón; en segundo lugar, no hemos escrutado nada; y tercero, no puede el Diablo llevarse un sereno: es contrario a las Ordenanzas Policiales;

- y, cuarto y quinto y sexto te golpeo con mi linterna en la cara, de modo que los vidrios vuelen en torno a tus orejas.
- Urogallo. —Este es más pillo que su doctor Faustus.
- Juan-Prieta. —¿Y no te has largado todavía? ¡Espérate! Yo te haré circular (El Urogallo lo agarra). Déjame, si no hasta aquí no más llega nuestra amistad (Grita). ¡Perlocke!
- Urogallo. —¡Brr! (Sale).
- Juan-Prieta. —¡Ah! ¡Viejo, aquí no sirve meter susto! ¡Respeto para la autoridad! Ahora entonaré mis versos, y luego me voy a casita. Y si entonces viene el Diablo a buscarme, entonces mi viejita toma un palo de escoba y lo echa a palos (Canta):
Todas mis doncellas, permitidme de-
[ciros
Si alguien os pregunta
Si aún seguís siendo doncellas
Decid sólo: ¡Sí, cuanto lo sentimos!
Las once han dado.
Todos mis donceles, permitidme de-
[ciros
Si queréis atreveros con las muchachas,
proceded delicadamente al caminar
de modo que la puerta de la casa no
[cruja.
Las once han dado.
¡Tra-la-la-la! (Se va) (Dan las once)
- Faustus. —(Entrando lentamente)
Una voz. —¡Oh, Faustus!
Faustus. —¡Ah, ¿quién llama?
Voz. —¡J u d i c a t u s e s !
Faustus. —Ahora Faustus has sido con-
[denado, la sentencia está dictada.
La vara se ha roto sobre mí con ayes y
[lamentos.
Veo ante mí ya abrirse el Infierno.
Oh, larga eternidad, ¿cómo me irá?
- Juan-Prieta. —(Como arriba).
Todos mis viudos, dejadme que os
[diga,
si queréis atreveros otra vez,
no alabéis tanto a la primera,
si no, no lograréis ninguna más,
y seréis de plorar.
Tra-la-la-la.
Todas mis viudas, dejadme que os
[diga.
Sois en verdad de plorar,
porque tenéis que echar de menos
lo que por experiencia conocéis.
Las once y veinte han sonado.
- Tra-la-la-la (Deja la linterna en el suelo).
¡Ah, buenas noches, señor Faustus!
¿Estáis aún en la calle?
- Faustus. —Oh, sí, servidor mío. En parte alguna tengo quietud, ni en la calle ni en la casa.
- Juan-Prieta. —Y os está bien empleado. Mirad. También ahora a mí me va hartito mal. Y vos me adeudáis todavía mis estipendios del último mes, cuando me dejásteis en la estacada. Sed, pues, justo y dádmelo ahora que harta falta me hace.
- Faustus. —Ah, servidor mío, no tengo nada. El Diablo me ha dejado tan pobre que ni siquiera es ya mío lo que contengo y sostengo.
- Juan-Prieta. —Os está bien empleado. ¿Por qué habéis comenzado con floreo con el Diablo? Mirad, conmigo no pudo. Hasta le gané nueve reales.
- Faustus. —(Aparte) Tengo que tratar de zafarme del Demonio todavía, median-do este loco (En voz alta). Mira, servidor mío, no tengo en verdad ni un centavo en efectivo, pero no quisiera irme del mundo sin haberte pagado primero. Así lo haremos: sácate las ropas y ponte las mías. Y así lograréis vuestra paga y saldo yo mi deuda.
- Juan-Prieta. —(Moviendo la cabeza) ¡Caramba! Así el Diablo por fin pillaría al que no es. No, profiero regalaros el dinero antes de dar lugar a tamaño error. Hacedme mejor un favor, en cambio.
- Faustus. —Con muchísimo gusto. Di cuál.
- Juan-Prieta. Saludad a mi abuelita. Está en el Infierno, número once, a mano derecha, entrando. Ahora, señor Faustus, os deseo una buena noche y al mismo tiempo, buen viaje. Y cuando volváis al mundo, sed más prudente, no emprendáis porquería ninguna con el Diablo. Es un compañero hartito rudo, que lo acogota a uno y ni siquiera le pregunta si le duele! (Al partir canta):
Escuchad, señores míos, y dejadme que
[os diga.
La campana sonará pronto las doce,
guardad el fuego y aún los carbones,
que pronto el Diablo se llevará al Dr.
[Faustus.
(Dan las doce)
Una voz. —¡Oh, Faustus!
Faustus. —¿Quién me llama?

Voz. — ¡ In a e t e r n u m d a m n a -
t u s e s !

Faustus. — ¡ Ahora, Faustus, estás conde-
[nado a causa de tus pecados.
Ya oigo la sentencia pregonando casti-
[go y muerte.
¡Vamos! venid, pues, vosotras Furias
[Infernales.
Y llevaos el alma desde tanto ha ab-
[yecta.
Desgarrad, despedazad el cuerpo, tri-
[turad los miembros,
Esparcid a los vientos el depravado
[cuerpo.
Conducidlo a través de abismos de ho-
[rror,
a fin de que pronto arribe al lugar de
[los condenados;

Sí, sí, se apresura, viene, rabia con
[grandes aullidos,
Para saciar en mi sangre su rabia in-
[fernal.
Perdido estoy ahora, es éste el logro de
[los pecados.
¡Ay de mí, pobre alma, está perdida
[para siempre!
(Se abre el Infierno, avanzan llamas).
¡Quebraos, cielos, crujiid, estrellas, vos-
[otros montes caed.
Y lanzad al aire las entrañas todas de
[la dura tierra!
Ay, dolor. Ya me hundo y siento la
[tortura infernal.
(Los demonios se llevan a Faustus a
los Infiernos).

¹“Faustus”: “Faust”, escribe Goethe y Marlowe, “Faustus”. Hemos preferido la forma latina que alude a la pompa y magnificencia del protagonista a la forma “Fausto”, saturada de ridículo en Chile, a causa de la publicación durante décadas de una tira cómica, cuyo héroe, “Fausto”, es un marido infeliz, sometido al imperio de su cónyuge.

²Wittenberg. Universidad famosa desde los tiempos de Lutero y señalada como una de las más prestigiosas de Europa. Shakespeare hace que tanto Hamlet como su amigo Horacio estudien precisamente en Wittenberg, a lo que alude Gerhart Hauptmann en su obra “Hamlet en Wittenberg.”

³Fámulo. Palabra que procede de la misma raíz que la palabra “familia”. Fámulo es, generalmente, un egresado de las aulas que colabora en las tareas del catedrático, en especial en las de orden intelectual, pero que suele extender su solicitud a las faenas domésticas.

⁴Juan-Prieta. Hemos traducido por “Juan-Prieta” el nombre del personaje alemán “Hans Wurst”, que representa el tipo del bufo alemán, hermano espiritual de “Sancho Panza” y de los pícaros de la novelística española.

⁵Mefistófeles. Voz de etimología incierta. Según unos, provendría de Mephostophiel, palabra hebrea que significa “demonio infernal”, y valdría como “destructor de lo bueno”. Según otros, derivaría de la palabra griega “Megist-Ophiel”. “Ophiel” derivado de “Ophis”, un apodo de Hermes Primegistes, dios a quien se atribuye la protección de los Magos.

Mefistófeles figura en los libros nigrománticos de la Edad Media, entre los Siete Príncipes del Infierno.

La palabra aparece por primera vez en el “Volksbuch”, de 1587.

⁶Crusti-Tuerta. Así hemos traducido el nombre de la furia infernal “Krumtschal”, en que Schal significa la cubierta, la corteza, la costra o “crusta” y “Krumm” significa torcido o “tuerto”.

⁷Witzliputzli. Es la neofonnación germánica de la voz azteca “Huiztilopochtli”, señor de la guerra y sediento de sacrificios cruentos.

⁸Monólogo de Faustus. Monólogo sobre la vida del hombre y su sempiterno descontento con el destino, aparece en el “Volksbuch” y en la obra

de Marlowe. Expresa su disgusto de la Teología y de la ciencia y su resolución de dedicarse a la Magia. Goethe se apodera de este motivo tradicional, pero lo transforma por completo, mediante el acento personal y el ímpetu lírico que le comunica.

⁹Horror nigromantiae. El cristianismo primitivo había heredado de las tradiciones orientales y judías la noción de un mundo de demonios opuesto al mundo divino, mundo de espíritus caídos y malvados que tienen por jefe a Satanás y que se empeñan en arrastrar a los hombres a la perdición, en la medida en que Dios lo permite.

Los espíritus en general —buenos o malos— pueden invocarse mediante ceremonias mágicas. Hay la Magia Blanca, que es buena, y la Magia Negra, que es mala. Ello depende del uso a que se destinan los poderes sobrenaturales que se adquieren y los medios de que se echa mano para conseguirlos.

¹⁰Museo-Biblioteca. “Ich will mich in mein Museum verfügen”, dice el texto alemán, que hemos traducido: “Me dirigiré a mi Biblioteca”. Museo, derivado de Mouse, la Musa, recinto o edificio dedicado a las artes y a las ciencias. En la Edad Media, “Museo” equivalía a sala de estudios y biblioteca de un catedrático. En cambio, “Museos”, en el sentido en que hoy los conocemos, sólo hubo a partir del siglo XIX. Los de la Antigüedad —Museo de Alejandría, por ejemplo— eran en lo fundamental Institutos de Investigación Científica: Biblioteca, Jardín Zoológico, Jardín Botánico, Sección de Anatomía y Sección de Astronomía, eran las dotaciones del de Alejandría, cuyos investigadores no se dedicaban a la enseñanza, lo que los diferenciaba de las Universidades.

¹¹El español Runzifar y el español Varth. España gozaba en Alemania de gran nombradía con respecto a la Nigromancia. El hecho se debió, seguramente, a la importancia que árabes y judíos peninsulares dieron a la interpretación filosófica de la Naturaleza y, más tarde, a los estudios de Alquimia, cuya sede se hallaba en Salamanca y en Toledo.

¹²Chirimbolos. El texto alemán dice: “Hanswurst (tritt mit seiner Bagage ein”. A la expresión francesa que no tiene tradición entre nosotros, hemos preferido la popular de “chirimbolos”.

¹³ ¡Omnia mea mecum porto! Me traigo todo lo que es mío. La expresión latina aparece en boca de Hanswurst, que es sino iletrado, hombre de poquísimas letras. Lo que prueba que las expresiones latinas formaban parte del acervo lingüístico común y popular en su tiempo. Y es que gran parte de los países de habla germana pertenecían a la Rumania. En la ciudad de Köln —Colonia— se ha enseñado el Latín desde hace casi dos milenios, lo que explica su difusión en la cultura alemana. El drama medieval se escribió exclusivamente en Latín. Todavía, en 1690, se hacía valer en Pomerania una Ordenanza Eclesiástica de 1535, según la cual: "Los profesores deberán hablar con los alumnos en todo momento en Latín y no en Alemán, ya que esta lengua, ligera de por sí, es para los niños entorpecedora y perjudicial." Schopenhauer escribe parte de su obra filosófica en Latín. El drama moderno conserva aún expresiones latinas para las indicaciones técnicas: *Dramatis personae*, *exit*, etc.

Faustus usa un Latín solemne y digno. Juan-prieta uno que suena, más o menos involuntariamente, a sátira.

¹⁴ "Intutias". Juan-Prieta no entiende términos técnicos. Así la expresión latina "Principia" ("Principios"), característica de los textos de introducción a cualesquiera ciencias, la transforma en "Prinzipibi", palabra que, para nosotros, carece de sentido. Hemos preferido hablar de "Intutias", deformación análoga de nuestra expresión "(Lecciones) intuitivas".

¹⁵ "All right". El texto dice: "Enfin", galicismo que de ningún modo pasaría entre nosotros por una expresión usual en un iletrado. Hemos echado mano de la frase "All right", universalmente empleada por gentes letradas o no.

¹⁶ Worms. Worms, sobre el Rhin, ciudad famosa no sólo por su Catedral, sino también por ser la sede del Reichstag del Sacro Imperio Romano-Germánico. Cuando el Reichstag estaba en funciones acudían a la ciudad los caballeros del Sur de Alemania, hecho de que Juan-Prieta está bien enterado, porque, como todo hombre del pueblo, conserva viva memoria del esplendor caballeresco de torneos y cortejos.

¹⁷ "Hacer la renovación". Esta expresión significa "sonarse las narices". Juan-Prieta la emplea eufemísticamente para una acción, cuyo verdadero sentido subraya con mímica inequívoca.

¹⁸ Sombrero puntiagudo. "Spitzer Hut", tal como lo conocemos en la figura de "Pierrot", es característico de los bufos alemanes. Las víctimas de las jugarretas de Juan-Prieta lo reiteran con el valor de un epíteto para designarlo.

¹⁹ Papi-papo. En el texto alemán se emplean las voces "Paperlepapa" y "Paperlapa", para designar sarcásticamente al padre del estudiante universitario a quien él servía de criado.

²⁰ Un viejo caballo blanco... Una sorprendente imagen que alía, con sabor muy moderno, la hipérbolo en una personificación, que subraya la sátira: el pícaro que hay en Juan-Prieta narra con recondo espiritual sus aventuras y se burla de sus desdichas.

²¹ ... hab meinen Buckel aufn Bündel gnommen und... puse mi hombro sobre el bagaje... Típica manera de Juan-Prieta; constantemente alterará los términos de la relación natural: nótese que no echa su atado de efectos personales al hombro sino a la inversa...

²² Inevitablemente pensamos en *La Celestina*, en virtud de la analogía de la cuestión tratada y de la manera de tratarla. También en la obra española se mencionan los mil recursos de la hechicería ce-

lestinesca; sólo que aquí ello aparece decididamente satírico.

²³ Wagner. Sag mir, bist du jetzo *herrnlos*?

Hanswurst. O nein, *ich hab mein Hirn noch Gott Lob und Dank*". El juego de palabras ocurre aquí entre la expresión "herrnlos", "sin amo" y la frase "ich habe mein Hirn noch". Juan-Prieta oyó "hirnlos", que quiere decir "sin seso"; por eso responde: tengo, a Dios gracias, todavía mi seso, mi razón. Literalmente traducido, no hay lugar al juego de palabras en castellano. Optamos por el que aparece en nuestra traducción en que juegan las expresiones "contratado" y "bien tratado".

²⁴ Incide aquí una referencia a las dos hermanas de Juan-Prieta, que hemos preferido omitir, por su carácter ingrato. Dice el texto: "Die eine war eine Putzmacherin und hat dabei mit Spitzan gehandelt, denen Mannsleuten dieselben samt der Manschette gewaschen und eingekniffen, die hat man in der ganzen Stadt nur das Weissfischerl geheissen, und die andere, die war so kurz und schmierig, die hat mit Asche gehandelt, die hat man nur die Murschleie genannt."

²⁵ El diálogo alemán, en la dilucidación del epíteto "prieta" alude a "judíos"; preferimos evitarlo. Dice:

Hanswurst. Ja, aber die Leute heissen mich nur Hans -und noch so a bissel was dabei.

Wagner. Nu, was soll denn das sien?

Hanswurst. *So was, was die Juden nicht fressen dürfen.*

²⁶ Otro juego de palabras:

Wagner. Einfalt! Ich bin der Junge zum *Studieren*, und du bist zu der *Hausarbeit* bestimmt.

Hanswurst. So, so, du bist zum *Schmieren* und ich zu der *Lausarbeit!*

Juan-Prieta altera la palabra *Studieren* en *Schmieren* (estudiar con embadurnar) y *Hausarbeit* con *Lausarbeit* (trabajo de casa: doméstico con trabajo de pulga: expulgar, quitar las pulgas. Hemos traducido manejando trabajo "intelectual" trastrocado en "desigual" y trabajo "de la casa" convertido en trabajo "de la grasa").

²⁷ Las expresiones con que Juan-Prieta traduce su euforia: "Heisa! Viktori, Zikori, Gregorii!", carecen de sentido, tienen el valor de un juego de consonancias, es decir, expresiones en que de las palabras sólo se aprovecha el elemento músico de los sonidos, la mera forma física. Tales juegos de palabras han solido ser un recurso explotado de larga mano por los literatos contemporáneos. Alfonso Reyes puso nombre a estos juegos verbales y declaró el proceso de la denominación junto con estudiar el fenómeno mismo en el ensayo breve "Las Jitanjáforas", que aparece en el volumen "La Experiencia Literaria". Dice: "Un poco de jitanjáforas no nos viene mal para devolver a la palabra sus captaciones alógicas y hasta su valor puramente acústico, todo lo cual estamos perdiendo, como quien pierde la sensación flúida del agua tras mucho pisar en bloques de hielo."

²⁸ El conjuro de Faustus a las fuerzas infernales reza: "Siste, siste. Phlegethontia Styx. Hejus, hejus! Adeste mali spiritus. Faustus vos citissime citat! Lo que significa: Compareced, compareced. Surcad el río de fuego, la laguna Estigia. Ay, ay: presentaos espíritus malos. ¡Faustus os emplaza con apremio!

²⁹ "Dass man kein Auge vor der Hand sehen kann! "¡De modo que uno no puede ver el ojo delante de la mano! ¡La oscuridad era tal que no se podía ver la mano siquiera ante los ojos! Pero los términos de la relación aparecen invertidos, como vimos ya —en la nota Nº 21— un ejemplo.

³⁰ "... un sastre perdió aquí su cinta de medir." En el folklore se vincula siempre al Demonio en relaciones con el sastre, con quien eventualmente apuesta. Es la variante del Demonio que viene a ser un "pobre diablo" de continuo burlado.

³¹ Perlicke, perlocke. Palabras de cábala que Juan-Prieta había leído en los autores que Fausto consultaba sobre la Magia y que servían para convocarlos o despedirlos. En castellano, la expresión existe acuñada en la fórmula "Por arte de birlibirloque".

³² Mephistopheles. Wie stehts, du *Kauz*?

Hanswurst. Geh, du Kerl! heiss mich keine *Katz* nicht! El juego de palabras radica aquí en la incomprensión del término "*Kauz*" —chuncho—, que Juan-Prieta percibe como "*Katz*", gato. Tradujimos la mera consonancia en el juego de palabras: *chuncho-curcuncho*.

³³ Mephistopheles. O nein, er ist schon längst in *Parma*.

Hanswurst. ...wie kann denn mein Herr in ein'n *Barm* reisen das ist ja, ein Fisch.

Juan-Prieta confunde la voz *Parma*, extranjera para él, con *Barm*, nombre de un pez. Concertamos el juego *Parma - sarna*.

³⁴ Cuando Mephistopheles declara "Ego sum diabolus", Juan-prieta concluye: —Was? du bist a Strohfuss? ¿Cómo, eres tú el Pata de paja? Preferimos traducir "Strohfuss" por "Pateta", que es una de las denominaciones populares del demonio, según registra Vicuña Cifuentes en *Mitos y supersticiones*.

³⁵ Cuando, en medio de gran barullo cae Juan-Prieta desde lo alto, exclama el Duque: —"Himmel, was ist das für ein *Zufall*!" Y Juan-prieta replica: "Das ist kein Zufall sondern ein *Einfall*". Estas dos voces alemanas compuestas de *fall*, que implica la idea de "caer", vienen a significar: Zufall, lo que cae, sucede, ocurre por azar, por acaso, mientras que *Einfall* es lo que es, en su acaecer, simple. Jugamos en castellano con las voces "*ventura*"—"desventura", para reemplazar la oposición germana Zufall-Einfall.

³⁶ Hanswurst. Da steckt der Knoten. Ahí está el nudo (la dificultad, el punto esencial de la cuestión). Hemos traducido con una frase del lenguaje popular: "¡Ahí está el huevo!"

³⁷ Juan-Prieta se da cuenta que ha tenido la mala suerte de caer, precisamente, a los pies del Duque y dice: —"Ach! o weh! Da bin ich ja gerade angekommen wie die Sau ins Judenhäus. "Ay, qué desgracia. Pues, precisamente, he llegado como el puerco en casa de judío." Hemos preferido traducir "como la sogá en casa del ahorcado".

³⁸ Luego se excusa de su falta de cortesía, diciendo: —"Verzeihen Sie ja, dass ich Ihnen noch kein Kompliment gemacht habe. Es freut mich sehr, dass Sie die Ehre haben, meine Bekanntschaft zu machen." "Perdone que no le he hecho aún cortesía alguna. Me alegro mucho de que Ud. tenga el honor de conocerme." El mismo procedimiento habitual de invertir la relación natural de las cosas, acarrea aquí la hilarante consecuencia.

³⁹ Ver nota N^o 34.

⁴⁰ "...da bin ich eklig in die Tinte geraten". "Aquí he caído asqueado en la tinta", expresión alemana que hemos traducido: "estoy en amarillos aprietos".

⁴¹ Hanswurst está emplazado por su patrón para no declarar la identidad del amo a quien sirve ante el Duque. El Duque, empero, constriñe a Juan-Prieta.

Hanswurst. (hebt den Arm). Sehen Sie einmal her. —Was ist das?

Herzog. Das ist ein Arm.

Hanswurst. Nun, was ist denn da ganz vorne, ganz vorne?

Herzog. Eine Hand, und wenn man diese zumacht, heisst es eine Faust.

Hanswurst. Richtig, bei dem bin ich.

Juan-Prieta, levantando el brazo, ha preguntado: ¿Qué es esto? Un brazo, es la respuesta. —Y ¿bien en la punta? —Una mano y cuando uno la cierra, se llama puño. —Exacto; donde ése estoy yo.

El juego de palabras alemán: brazo, mano, puño (Faust), lo reemplazamos por palacio — grandeza, magnificencia, *fausto*.

⁴² ...da kann ich mich gleich ärgern, dass mir der Leib in der Galle herumgeht ... porque al momento puedo yo irritarme, de modo que *el cuerpo se me revuelve en el higado*. El procedimiento de trastrueque de los elementos en relación visto varias veces en esta obra.

⁴³ ... wie haben selbst die *vornehmsten Virtuosen* bei Hofe.

Ihr habt selbst *verrissene Hosen* bei Hofe.

Juan-Prieta ha confundido "vornehmsten Virtuosen", eximios virtuosos con "verrissene Hosen", desgarrados pantalones. Nosotros: eximios virtuosos lo hicimos jugar con signos pringosos.

⁴⁴ ...so will ich Euch ein *viehisches Stück* machen Ein *Physisches Stück* willst du sagen.

Esta vez, Juan-Prieta dijo: "*viehisches Stück*" —prueba bestial— en lugar de "*physisches Stück*", prueba física. Nosotros conjugamos: prueba física con prueba física.

⁴⁵ ... Es führt nur a bissle viel Schmiral nach.

... Moral willst du sagen.

... Moral oder Schmiral, das ist mir ein Ding.

Juegan en alemán las palabras Schmiral, algo sebooso, untuoso, que hemos traducido por "ungüento" con Moral, que hemos reemplazado por "in-cruento".

⁴⁶ ... warum hast du unsern Herren *verraten*?

... ich habe ihn nicht *gebraten* oder verraten.

Juan-Prieta ha trastrocado "verraten" en "gebraten" (delatado en asado). Nosotros. delatado en lateado.

⁴⁷ ...Capo cnallo.

... Kapern und Kackwurst?

La expresión mágica "capo cnallo" es demasiado insólita para Juan-Prieta, que la trueca en "Kapern und Knackwurst" (alcaparras y salchichón). Nosotros: capo cnallo y cara de caballo ...